

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 19. — N° 397.

SUMARIO.

Llegada de S. M. la emperatriz Eugenia á Aguas-Buenas; grabado. — Revista española. — La Siria; grabado. — Inauguración de las aguas en Alejandria; grabado. — Inauguración del ferro-carril franco-suizo; grabados. — Revista de Paris. — Los pueblos del Líbano. — Baños de mar de los Catalanes en Marsella; grabado. — Castellamare, Sorrento y Siracusa; grabados. — Cuentos fantásticos. — La metamorfosis. — Aniversario del advenimiento del rey de los belgas; grabado. — Besposorios de la hija del shah de Persia; grabados. — Estudios de costumbres. — Revista de la moda. — El mes de julio en la campiña de Roma; grabados.

Revista Española.

El eclipse, cuadros de costumbres. — En el cielo y en la tierra. — Expediciones de verano. — El real Sitio de San Ildefonso. — Ensanche de Madrid. — ¡Cuando yo sea casero! — La fuente de la Puerta del Sol. — Premios de la Academia de la historia. — Virtudes sociales. — Anuncios de exposicion artística. — Apertura de la iglesia de San Francisco. — Nuevo ferro-carril. — Ensayo de una máquina que detiene á los que corren. — El siglo de doblé.

EL ECLIPSE.

COLOQUIOS DOCTRINALES DE VEGINDAD.

(Antes del eclipse. — Una tienda de comestibles.)

EL SEÑOR PEDRO (aguardador viejo). — ¿Con que al quedarse á os-



LLEGADA DE S. M. LA EMPERATRIZ EUGENIA A AGUAS-BUENAS, EL 24 DE JULIO DE 1860.

curas se le llama eclipses? Pues entonces yo me quedé en eclipses una vez que estuve en el Congreso de las Córtes oyendo á un diputado que daba muchas voces y manoteaba mucho.

LA COCINERA del cuarto segundo. — Y diga Vd., don Ugenio, ¿es verdad que cantarán los gallos al quedarse sin luz? porque tendria gusto en oír cantar á mi amo, que es capaz de cantar aunque sea en la mano.

DON EUGENIO (el tendero) poniéndose unos anteojos con armadura de plata. — Sois unos petates incapaces de comprender los misterios de las ciencias y las artes. Un eclipse consiste en que la luna se pone delante del sol.

EL SEÑOR PEDRO. — Pues entonces vamos á ver la luna iluminada como los trasparientes de las iluminaciones.

DON EUGENIO. — Calla, gazañapiro. Con la oscuridad los animales se asustarán, y aun habrá algunos que se mueran.

EL PORTERO de al lado. — ¡Quia! eso sí que no lo creo: los animales no se mueren á lo oscuro.

DON EUGENIO. — Te digo que sí (dando una puñada en la mesa).

EL PORTERO. — Pues yo le digo á Vd. que no.

DON EUGENIO. — ¿Qué apostamos?

EL PORTERO. — Lo que Vd. quiera.

DON EUGENIO. — El café para los presentes.

Todos. — ¡Bravo! ¡Bien!

EL PORTERO. — Corriente; y á la prueba.

DON EUGENIO. — Voy á traer el periódico que habla de eso.

EL PORTERO. — No hay necesidad de periódicos. (Da vuelta á la llave del gas y apa-

ga la luz. *Oscuridad, confusion.*) ¿Qué tal? ¿se muere alguno de Vds.?

DON EUGENIO. — No, bribon, que estoy muy vivo para matarte de un trancazo si te cojo.

EL PORTERO. — ¡Bah! pues entonces no es verdad lo de que se mueren las bestias.

(Uno de los concurrentes enciende un fósforo: todos buscan al portero: este les hace la mamola desde la calle. *Indignacion: cuadro final.*)

Sala en casa de un hombre público distinguido.

EL MARQUÉS. — ¿Y dónde piensa Vd. ver el eclipse, Ascensioncita?

ASCENSIONCITA (*señora de sesenta, gorda y alta*). — No espero verle. Estoy tan delicada de los nervios, que una cosa así me afectaría fácilmente. Ese es el que está preparándose para ir a Zaragoza.

DON ALFREDO (*eminencia de treinta años con mucha perilla*). — ¡Cómo! ¿qué dice Vd.?

EL MARQUÉS (*bajo á Alfredo*). — No hay que asustarse; la casa célebre de Zaragoza es de locos, pero no de tontos. (*Alto.*) Y pronto tendremos el gusto de ver de vuelta al honorable repúblico en cuya casa hallamos tan grato recreo.

EL AMO de la casa. — Gracias; pero protesto en cuanto á lo de republicano. Yo siempre defenderé la libertad y los derechos de la augusta señora que me ha honrado con el espinoso cargo de ministro.

UN PERIODISTA de oposicion. — ¡Que ojalá desempeñara Vd. también ahora (para pedir que me colocase)! EL AMO de la casa. — Libreme Dios de semejante desgracia. Solo el amor á mi patria me pudo obligar á sacrificarme en sus aras las seis veces que tuve las cartetas de Hacienda, de Marina y de Estado.

UN POLLO (*agregado sin sueldo á la niña de la casa*). — Si tu papá se marcha podremos hablarnos con mas frecuencia.

LA NIÑA de la casa. — ¡Ay qué gusto! ¡Si tú supieras lo que te amo! (Casi tanto como amé á Eduardo la semana pasada; y eso que aquel era mas bonito.) EL AMO de la casa. — Con que volviendo al eclipse, ¿dónde piensan Vds. verlo?

EL MARQUÉS. — Yo voy al desierto de las palmas.

EL POLLO. — ¿Tan lejos? (*Asustado.*)

EL MARQUÉS. — ¡Cómo lejos, si es ahí cerca de Castellon!

EL POLLO. — ¡Ah! es verdad (como habló de palmas y desierto, creí que seria cosa del Sahara).

DON ALFREDO. — Pues yo voy con los sabios alemanes y franceses al Moncayo.

EL POLLO. — No se dirá por Vd. aquello de cada oveja con su pareja.

EL PERIODISTA. — Yo pienso ir con algunos amigos al punto donde se ven la luz y la sombra mas allá de Jadraque.

EL AMO de la casa. — Eso estará bonito.

EL PERIODISTA. — ¡Pché! Yo voy allí porque dan de comer, y los fenómenos astronómicos no se ven de ningún modo mejor que á través de una copa de champagne ó de burdeos.

EL AMO de la casa. — Pues yo ya tengo ahí un anteojo que he mandado rayar para que sea de mas alcance.

UN AFICIONADO á la economía. — ¿Y por qué no van Vds. á Valencia?

ASCENSIONCITA. — Buena gana, habiendo allí cólera.

EL ECONOMISTA. — ¡Oh! Pues yo voy, porque aun cuando haya efectivamente algunos casos, como los billetes del ferro-carril se venden á precios reducidos... siempre es un ahorro.

EL POLLO. — Señores, son las dos y media; y dejo á Vds. que tengo que ir al casino á caza de novedades.

(*Movimiento; los tertuliantes sacan los relojes y empiezan á despedirse.*)

LA NIÑA de la casa (*al pollo*) como quien no dice nada. — Mañana vamos al Circo de caballos, palco número 32.

EN EL ECLIPSE.

Vista general de España: en primer término se ve el Moncayo, coronada de sabios la alta frente; en segundo lugar las Baleares y Valencia, y á lo lejos varios cerros de la provincia de Guadalajara.

Al acercarse los horarios de los relojes á la una de la tarde, se nota grande agitacion: los sabios colocan en batería los anteojos; preparan los cocineros el almuerzo para dar fuerza á las vistas desfallecidas de hacer la puntería, y en Madrid dedicase la poblacion entera á calentar cristales con humo de fósforos.

EL SOL (*despabilándose los rayos y tarareando unas habaneras*). — ¡Cuidado que es mucha cosa esta! Como si uno no fuese un ciudadano libre, le han de fisgar todos los pasos, anunciando la hora en que ha de atravesar uno por aquí ó por allá, y el día en que se me antoje dar un abrazo á mi esposa, para que todo el mundo nos mire tiznándose las narices.

LA LUNA (*desde su tocador*). — Ahora en peinándome saldré yo, y nos divertiremos un rato en ver los gestos que hacen los mortales. Tira ya esa agua, muchacha. (*Una estrella vierte el barro de las nubes en que la luna acaba de lavarse los pies. Los sabios del Moncayo ven venir encima el chubasco y se tiran de los pelos al compás de la lluvia, temiendo quedarse en salsa y no ver el eclipse.*)

EL SOL. — ¡Chica, cómo nos miran ya! ¡y qué prisa se dan á ahumar cristales. Allí está aquel tostado los

gemelos de teatro; sin duda cree que va á verte las pantorrillas, como se las ve á las boleras. ¡Anda! aquel nos va á contemplar reflejados en un cacharro con agua. ¡Oh astucia! pudiendo mirarnos en original nos va á ver en retrato. En fin, vente por acá, querida Luna, y empiece ya la funcion.

(*El sol suelta la cincha de uno de sus caballos, y dejándola flotar, faja con ella el globo: empieza la oscuridad á extenderse por el sitio cubierto por la banda*)

EL SOL. — Mira, mira, Luna, por detrás de esta cinta que ocupados están los hombres. Allí los astrónomos nos fisgan con sus telescopios, y observan cómo sube y baja el mercurio en los termómetros; allá aquellos sencillos palurdos se asombran al ver anochecer tan temprano; acullá los que desean saber algo de lo que pasa entre nosotros y no entienden los fenómenos de la ciencia, contentanse con pegar los ojos á un cristal ahumado. Si yo tuviera aquí un aparato de fotografia, ¡qué vista tan curiosa podíamos sacar! Aquel caballero gordo está entusiasmado: dice que te ve cerca de mí, y que ya me tapas la mitad de la cara con el miriñaque; pero si él se mirase en un espejo, vería encima de la suya dos lamparones de humo que le embellecen las narices y la frente; el otro de mas allá está estudiando el efecto que hace el eclipse en el ánimo de aquellas hormigas y de los jilgueros que ha llevado en una jaula. El espera que las hormigas soltarán la carga y echarán á correr, y que los jilgueros habrán de meter la cabeza bajo el brazo, ó sea bajo las alas, preparándose para dormir; pero ni por esas: aquellas siguen su faena, y estos cantan que se las pelan. Pero ¿qué le pasa que ha dado un salto de repente llevándose la mano á la espalda por debajo de la levita? ¡Ah! es una pulga, que no habia conocido aun los efectos del eclipse...

(*Mientras habla el sol, vase colocando delante de él la luna para ver mejor.*)

CORO de ambos sexos. — ¡Ah! aah!! aah!!!

UN CABALLERO de ocho arrobas y tres libras. — Juanita, Mónica, Perico, mirad, mirad al sol, que ya no se le ve.

LA LUNA. — Anda, anda, que en cambio vas á ver las estrellas.

(*El caballero corre trayendo y llevando vidrios á su familia, tropieza en una silla y da de hocicos en el suelo. Consternacion en la casa.*)

UN BURRO (*en voz grave desde la cuadra*). — ¿Cuándo me asusto yo?

LAS CODORNICES (*en los balcones*). — No me la pegan, no me la pegan, que no anochece.

UN MARIDO. — Ahora sí que puede decirse que el sol tiene cuernos como la luna.

UN AMIGO (*soltando la mano á la mujer del anterior*). — ¡Ah sí! (*distraido*) he visto mucho de eso.

La luna se retira poco á poco: el sol va recogiendo la faja que envolvía el mundo, y vuelve la luz á alumbrarle.

UN AFICIONADO, que miraba á las vecinas, viéndolas cerrar los balcones. — ¡Ay qué lástima que se acabe el eclipse. Voy á ver para cuándo anuncia otro el calendario.

CUADRO FINAL. — Los observadores hacen observaciones entre dientes mojándolas con champagne.

CORO GENERAL. — ¡Qué buena cosa es un eclipse! ¿Cuándo nos veremos en otro!

DESPUES DEL ECLIPSE.

Correspondencia particular del periódico *El Etcetera*. — Describe largamente que se quedó á oscuras. Hé aqui lo mas sublime: «Aquello era majestuosamente imponente; ni los pinceles de Velazquez, ni de David Teniers y de Goya... El Gólgota en el supremo instante... ¡Oh!... El caos, la inmensidad, la sucesion magnífica de los orbes, el espacio sin limites... la mente del filósofo que concibe á través de los arcanos científicos una idea colosal... Sí; el que, como dijo el poeta, camina

Por el piélago inmenso del vacío!

Ildefonsa á su marido... — Chico, esto fué cosa güena: rompimos la vidriera del cura pa verlo, y náide sasustó: los cédos como tú sabes son mu valientes y se escondieron lo mesmo que las gallinas, que toitas se acurrucaron; de pulitica no hay náa por aquí, si no es que se ha hundió la casa del pregonero; pero en cambio comeremos buena cebada y hay cosecha larga á Dios gracias. Con que cuidate como desea tu mujer Ildefonsa.

Observaciones de los hombres científicos. — No las copio, porque las ciencias cuanto mas luminosas son mas oscuras.

EL AUTOR. — Con que, señores míos, ¿qué les ha parecido á Vds. el eclipse?

LOS ESPECTADORES. — Así, así; pero se divierte uno mas en el Circo de caballos.

Hé aqui pues, queridos lectores, un croquis del eclipse que ha llamado tanto la atencion en España á mediados de mes. Esta ha sido la gran novedad de julio, que por lo demás va deslizándose dia tras dia y hora tras hora con sus acostumbrados calores, sus baños y sus paseos nocturnos en el Prado. El cólera, que desgraciadamente se ha extendido por la mayor parte de Andalucía, y que empieza á dar fatales muestras de naciente desarrollo en Valencia, ha detenido á no pocos expedicionarios; pero tampoco es escaso el número

de los que desechando el temor han tomado el camino de las demás provincias libres de la epidemia. En la Granja (San Ildefonso) la estancia de la córte produce la misma animacion que el pasado estio, y multitud de familias gozan en aquellos deliciosos jardines del fresco que parece haberse conservado allí desde el invierno anterior, y del hermoso paisaje que presentan los encumbrados cerros y las pintorescas márgenes del risueño y trasparente Balsain.

Háblase de una embajada marroquí que será recibida por la reina en aquel real Sitio, y dícese tambien que serán personas de alta babucha, por no decir de alto coturno, los representantes de aquel pais, haciéndoseles una espléndida acogida.

La cuestion de ensanche de Madrid sigue siendo objeto de estudios y disposiciones legales. Por real decreto de 8 de abril de 1857 se mandó preparar un proyecto que concluido ya, ha sido aprobado por decreto del 19 del corriente. Mandase en él sujetar al mismo todas las construcciones que en lo sucesivo se verifiquen dentro de la zona que comprende, y se dispone que las casas no tengan mas de tres pisos, y las manzanas estén de tal modo distribuidas, que los jardines privados ocupen tanto terreno como los edificios, teniendo cada uno de estos dos fachadas por lo menos.

Para cuando este proyecto pase á la categoría de realidad, es probable que los actuales autores de revistas ya podamos ser caseros y tener coché; y entonces figurense Vds. si dejaré yo de alzar por la parte nueva de la capital un palacio con su jardin correspondiente, y si cuando dé bailes y conciertos, me olvidaré de invitar á mis antiguos amigos los lectores del CORREO DE ULTRAMAR.

Entre tanto y mientras llega aquella época, me contento con ver subir los surtidores de la fuente de la Puerta del Sol, salpicando todas las noches las estrellas de agua, y la calle de charquitos enlodados para delicia de los que tienen que atravesar por aquel sitio.

La Academia de la historia ha publicado el programa para el concurso de 1861 y el de 1862. El asunto que ha de ser objeto del primero es el siguiente: — «Las antiguas hermandades de los concejos y de los nobles de Castilla; su carácter, objeto y medios, y su influencia en el órden político y en el estado social.» — El concurso de 1862 será sobre este tema: «Historia, vicisitudes y política tradicional de España respecto de sus posesiones en las costas de Africa desde la monarquía gótica, y en los tiempos posteriores á la restauracion hasta el último siglo.» El premio consistirá en una medalla de oro, 6,000 reales y 300 ejemplares de la obra.

Además la Academia ofrece tambien premios á los que presenten planos de cualquier camino romano, y promete recompensar igualmente como los años anteriores á los que presenten inscripciones no conocidas de aquella corporacion, ó monumentos litológicos ó metálicos, donde aparezca el nombre de algun pueblo por primera vez en objetos de esta especie.

Debo advertir á mis lectores que no pienso tomar parte en estos concursos, á fin de poder dedicarme con toda asiduidad á mis revistas.

Y ya que de premios se trata, proseguiré mis lecciones de VIRTUDES SOCIALES, á ver si concedo tambien recompensas y notas de sobresalientes á los alumnos que se distinguen en los exámenes de esta asignatura.

LOS CUMPLIMIENTOS.

El hombre, sin duda alguna,
De todos los animales
Es el único risible
Y tambien el mas sociable.

Esto le impone deberes
Y obligaciones muy graves,
Para estar en armonía
Con todos sus semejantes.

Nace cualquier parvulito,
Y desde el punto en que nace
Ha de extender la noticia
Con la lengua de sus padres.

¡Ay si á algun íntimo amigo
Se quedan sin anunciarle
De una manera oficial
La llegada del infante!

No irá á verle de seguro,
Viviendo en la misma calle,
Y hará pomposos elogios
Del suceso en todas partes,

Grece, y sufre, pobre niño,
Que á tu risueño semblante
Se acerquen labios peludos
Y caras de orangutanes.

No llores ni te retires,
Que pudieran enfadarse,
Porque tan jóven te opones
A las fórmulas sociales.

Ya irás viendo, ya irás viendo,
Conforme los años pasen,

Que á fuerza de ceremonias
Logras ciertas amistades.

¡ Oh virtud de los saludos !
¿ Quién aprecia lo que vales ?
Tú das y quitas amigos
En brevísimos instantes.

Que debe saber un hombre
Como cosa indispensable
En tal ó cual cortesía
Los grados que ha de inclinarse.

Cómo ha de llevar los dedos
Al sombrero por la calle,
Y al dar la mano á cualquiera
La cara que ha de mostrarte.

Si escribe esquelas ó cartas,
Ha de poner, que es muy fácil,
Cierta número de eses
Y otras muchas iniciales.

Del uno llámese amigo,
De otro servidor se llame,
Y vea si debe el sobre
Llevar obleas ó lacre.

Desde el título hasta el forro
Apréndete el almanaque,
Y sabe todos los nombres
De vírgenes y de mártires.

Hoy son días de un amigo;
Ve á dárselos y no faltes,
Y has de ir á cierta hora
Y has de llevar cierto traje.

Si vas temprano, interrumpes
Los quehaceres matinales,
Y los gozes culinarios
Del banquete si vas tarde.

Con una tarjeta cumplas;
Mándasela, y es bastante;
Y quedarán tan contentos
Porque ven que te acordaste.

En su lecho de dolores
Enfermo un amigo yace;
Iré á verle; no reciben,
O lo hacen de mal talante;

Basta mandar un criado
Cada mañana á sentarme
En la lista, si la hubiese,
O á preguntar de mi parte.

A la mansion de los muertos
Piensan llevar el cadáver:
No voy; mi coche y mis yeguas
Serán mis representantes.

Ya la visita de duelo
Me obliga á oír tristes ayes,
Y á ponerme compungido
Cual todos los circunstantes.

Oigo prodigar consuelos
Que parecen necesidades,
Con lo de « ¡ quién lo creyera !
¡ Ahora que estaba tan ágil ! »

Y lo que hablaba el difunto
Muy pocos momentos antes,
Y el anticuado y horrible
« Salud para encomendarle. »

¿ Te casas, Juan ? no te olvides
A tantos días cabales
De ofrecer tu habitacion,
Participando tu enlace.

Augurarán á tu craneo
Si no es tu esquila elegante,
Y hablarán mal de la novia
Si te olvidaste de alguien.

¿ Dulces me envías ? ¡ ah Juan !
Ya entiendo bien esa frase,
Esa fórmula corriente
De pedir que te regale.

Lo haré, Juan, porque no ignoro
Que no hay hombre que se pase
Si ha de tener un amigo
Sin tales solemnidades.

No hay tierra sin cumplimientos
De una clase ó de otra clase,
Y tendrás que hacerlos siempre
Aunque vivas entre cafres.

Y pues es corta la vida,
Goza el mundo cual le hallaste,
No para tan poco tiempo
Te afanes en arreglarle.

Para el 1º de octubre se anuncia la apertura de la exposicion de bellas artes, correspondiente al año actual. Comprenderá las obras de pintura, escultura, arquitectura, grabado y litografía, concediéndose los premios en la forma siguiente:

A la pintura de historia: uno de primera clase, dos de segunda y dos de tercera.

A la pintura de retrato: uno de primera y uno de segunda.

A los demás géneros de pintura: uno de primera, dos de segunda y cuatro de tercera.

A los de escultura y grabados de medallas: uno de primera, uno de segunda y dos de tercera.

Al grabado y litografía: uno de primera, uno de segunda y dos de tercera.

A la arquitectura: uno de primera, uno de segunda y dos de tercera.

Las recompensas consistirán en medallas de oro, una de las cuales será del valor de 10,000 reales, concediéndose también la cruz de Carlos III al que en dos exposiciones hubiese obtenido la medalla de primera clase.

El día 8 se celebró con asistencia de la reina la solemne funcion para abrir al público la iglesia de San Francisco, que acaba de restaurarse bajo la direccion del arquitecto don Francisco Enriquez Ferrez. Este espacioso templo hállase situado en la parte de Madrid que hoy está mas desierta, porque la moda buscando novedades tiende á extender la poblacion por sitio contrario al que ocupó la antigua villa.

Cuentan los historiadores de Madrid que el convento de Franciscanos observantes, que solo cedia en antigüedad al de San Martin, fué fundado por el mismo san Francisco de Asis. Cedióronle los habitantes el terreno, y una ermita fué el humilde principio del que mas tarde habia de ser suntuoso convento. Andando el tiempo, suministraron fondos los madrileños, y aquellos religiosos que allí se habian reunido, tuvieron ya mas desahogada vivienda, pero aun no suficiente á las necesidades de la comunidad. Dándole al fin poco á poco mayor ensanche, fueron creciendo en dimensiones y en belleza la iglesia y el convento, y muchos ilustres personajes labraban allí sus sepulturas, entre otros la reina Doña Juana, mujer de Enrique IV.

En tiempo de Fernando VI la destructora piqueta del albañil acabó con aquel templo, colocándose la primera piedra del que hoy existe en 8 de noviembre de 1761 por el cardenal arzobispo de Toledo conde de Teba, y dándose por concluida la obra en 1770.

Horrible fué el 17 de julio de 1834 en Madrid, y al convento de San Francisco tocó ser entre todos el que dió mas número de mártires al cielo. Mientras el cólera se ensañaba cruelmente en la poblacion, una multitud de asesinos perseguia por todas partes á los indefensos religiosos, á pretexto de ser autores de la epidemia los que llenos de piedad se afanaban por llevar los consuelos de la religion á los enfermos. Cuarenta y una víctimas cayeron aquel día bañadas en su sangre en la iglesia y convento de San Francisco.

La planta de este templo es circular con 117 piés de diámetro; siendo el único de esta forma en Madrid. En la restauracion que acaba de sufrir se ha embellecido entre otras cosas con un retablo de mármoles, 16 lámparas de bronce dorado de tres varas de altura y cinco piés de diámetro, un crucifijo y seis candelabros del mismo metal para el altar mayor, y una araña para el centro de la iglesia que pesa ciento cincuenta arrobas, teniendo de altura quince piés y llevando ciento treinta y dos luces. Estas obras han sido ejecutadas en la antigua platería de Martinez, célebre hace tantos años en Madrid.

Los ferro-carriles continúan extendiéndose en España. A principios de mes se ha verificado la apertura de otro nuevo, el de Palencia á Santander, solemnizándose el acto segun costumbre con gran funcion en la primera de estas ciudades, banquete y asistencia de personas revestidas de carácter oficial.

En el ferro-carril de Guadalajara se ha hecho el ensayo de un freno para contener y aun parar los trenes, obteniéndose resultados muy satisfactorios. En vista de ello un vecino de Madrid piensa tambien idear un freno para los cocheros de gran librea, que son mas temibles aun que un tren de mercancías á toda carrera.

Séame permitido antes de acabar mi revista dar á mis lectores una mas de mis ANACREÓNTICAS DE ÚLTIMA MODA, pidiéndoles perdon por ello si es que ya conocen el librito que con tal título publiqué hace poco, y que con mas elogios que se merece acaba de examinar en un cariñoso y benévolo artículo publicado en LA AMÉRICA el distinguido crítico don Manuel Cañete.

EL SIGLO DE DOUBLE.

« Felices los que vean
El siglo diez y nueve, »
Clamaba un alquimista
Que floreció en el trece.

Ya miro en las estrellas
Su venturosa suerte
Y los elogios leo
Que él mismo se concede.

Unidos como hermanos
Los pueblos diferentes,
Serán solo arroyuelos
Los reinos de los peces. ☞

Y un hombre, por ejemplo,
Que cena junto á Menfis,
Almuerza en la Circasia
Y en Pinto le anochece.

Al agua vuelta en humo
Harán guiar bajeles,
Y que cante, y que borde,
Y aun que por ellos piense.

La humanidad de entonces,
Copiando á las mujeres,
Tiene de alambre nervios
Y convulsiones siente.

Buscando paz los pueblos
Se pegan de cachetes,
Y extenderán el cólera
Para que pronto cese.

Honor habrá en las lenguas
Y en puntas de florete,
Y el traje y los peinados
Serán lo que se premie.

Por eso entre las damas
Serán las mas decentes
Las que de espalda y pecho
Mayor racion enseñen.

Con trato el matrimonio,
Los cónyuges convienen
En ilustrarle, y buscan
Adjuntos y suplentes.

¡ Oh siglo ! de derechos
Ya todo el mundo entiende,
Y no hay obligaciones
Que á nadie se recuerden.

Judío, hoy logro solo
Que todos me desprecien;
Banquero me llaman
Allá en el diez y nueve.

Y en las córtés pusiera
Remiendos á las leyes,
Y en mi rabino pecho
Las cruces que aborrece.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Madrid 31 de julio de 1860.

La Siria.

ZAHLE.

Entre las horribles escenas que han ensangrentado el Libano, el incendio de Zahlé es una de las que menos pueden olvidarse. ¿ Quién ha de olvidar, á pesar de los crímenes posteriores, la odiosa traicion que entregó una poblacion de 12,000 almas al sable y al puñal de los drusos y toda una ciudad al incendio? Los drusos habian sido rechazados dos veces ante esta ciudad, una de las mas importantes de la montaña. Los cristianos esperaban refuerzos; sus enemigos advertidos del hecho, se adelantaron hácia Zahlé con las banderas maronitas y las cruces á la cabeza, entonando los cánticos patrióticos de los cristianos. La estratagemá engañó á los habitantes de Zahlé que salieron muy confiados al encuentro de sus hermanos, y que no conocieron su error hasta que el degüello habia principiado ya por todas partes.

La ciudad de Zahlé destruida por las llamas, es ó era una de las últimas poblaciones cristianas colocadas en el limite extremo del Oriente. Su poblacion que apenas ascendia á 3,000 almas hace unos veinte años, se aumentó con rapidez hasta que llegó á contar mas de 12,000 almas. Las guerras y las persecuciones agruparon en ese punto á las poblaciones cristianas del contorno. La ciudad, que situada como lo estaba en una garganta estrecha no podia ser tomada sino á favor de una astucia, veia á los cristianos dispersados en la llanura ó en las montañas cercanas reunir sus grupos diseminados, y concentrarse contra el peligro comun. Así aumentó y prosperó en poco tiempo, y hallándose en una situacion ventajosa entre Damasco y Beyruth, es decir, entre la llanura y la montaña, su comercio se



ATAQUE DE ZAHLÉ POR LOS DRUSOS, LOS METUALIS Y LOS BEDUINOS.

extendió rápidamente. Si se cuenta la población de algunas aldeas que son como sus arrabales, Zahlé tenía en su seno 8,000 maronitas y 5,000 griegos entre católicos y cismáticos. En su derredor se elevaban unas veinte iglesias católicas, ó mejor dicho unas capillitas donde apenas cabían algunos fieles.

Acababan de construir una iglesia espaciosa, que no ha podido proteger á los infelices que en ella buscaron un refugio. ¿Qué queda hoy de toda esa prosperidad? Cenizas y algunos desgraciados que huyen del enemigo por las montañas, considerándose muy dichosos si los drusos no van á buscarlos al fondo de sus retiros.

H. L.

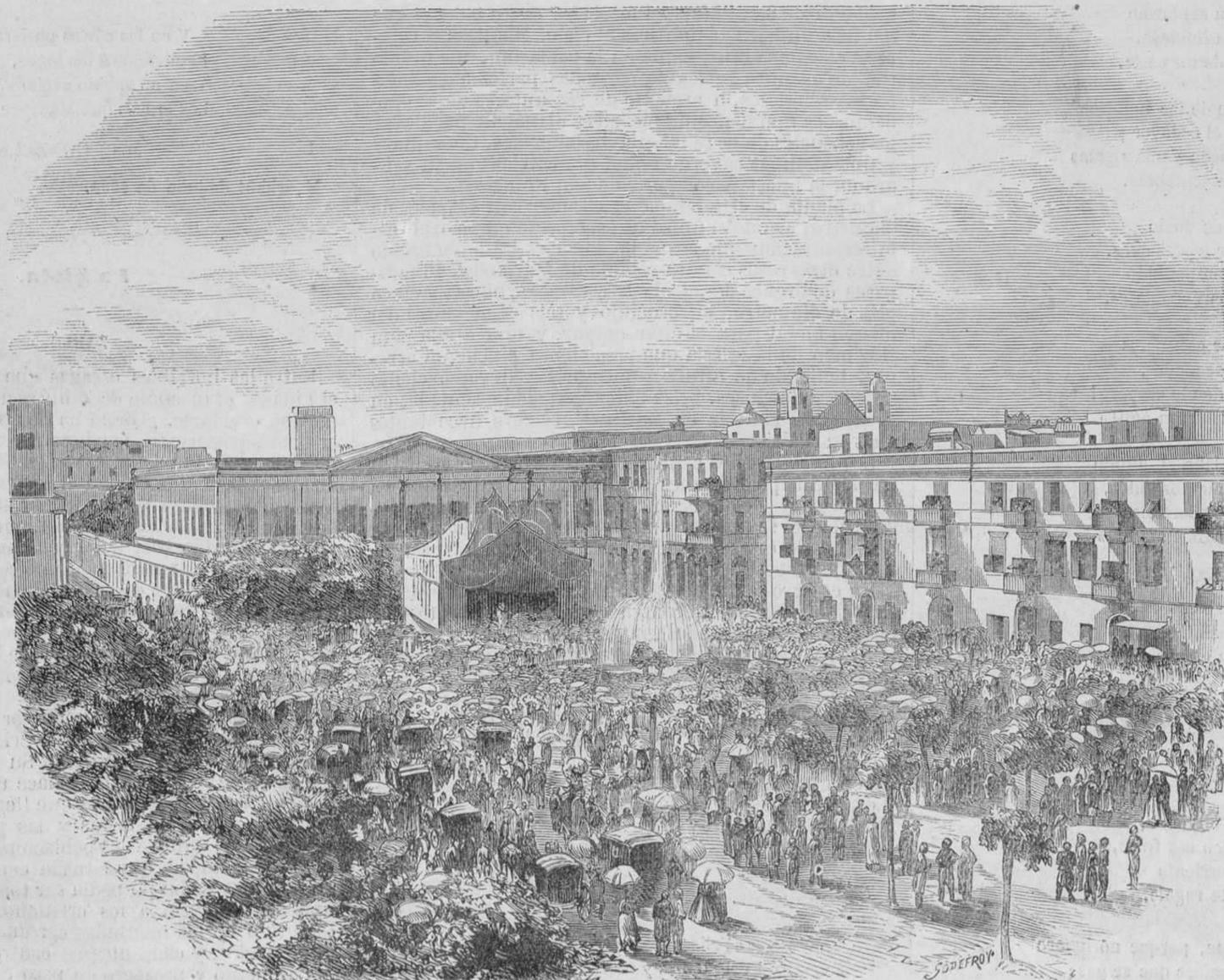
INAUGURACION
DE
las aguas
EN ALEJANDRIA.

Hasta el día Alejandria solo habia tenido las aguas de las innumerables cisternas que datan

de tiempos antiquísimos. El 2 de julio de este año tuvo lugar la inauguración de las aguas vivas en la plaza de los Cónsules, presenciando la ceremonia S. A.

el virey y una inmensa muchedumbre. S. A. dió la señal para la abertura de las fuentes, y el agua saltó de repente á una inmensa altura en medio de los aplausos de los espectadores. Alejandria debe á un francés, M. Cordier, esta gran obra. En la actualidad unas cañerías de hierro trasportan las aguas á todas las casas de la ciudad, lo mismo que en las ciudades mas importantes de Europa.

P. P.



INAUGURACION DE LAS AGUAS EN LA PLAZA DE LOS CONSULES EN ALEJANDRIA.

INAUGURACION

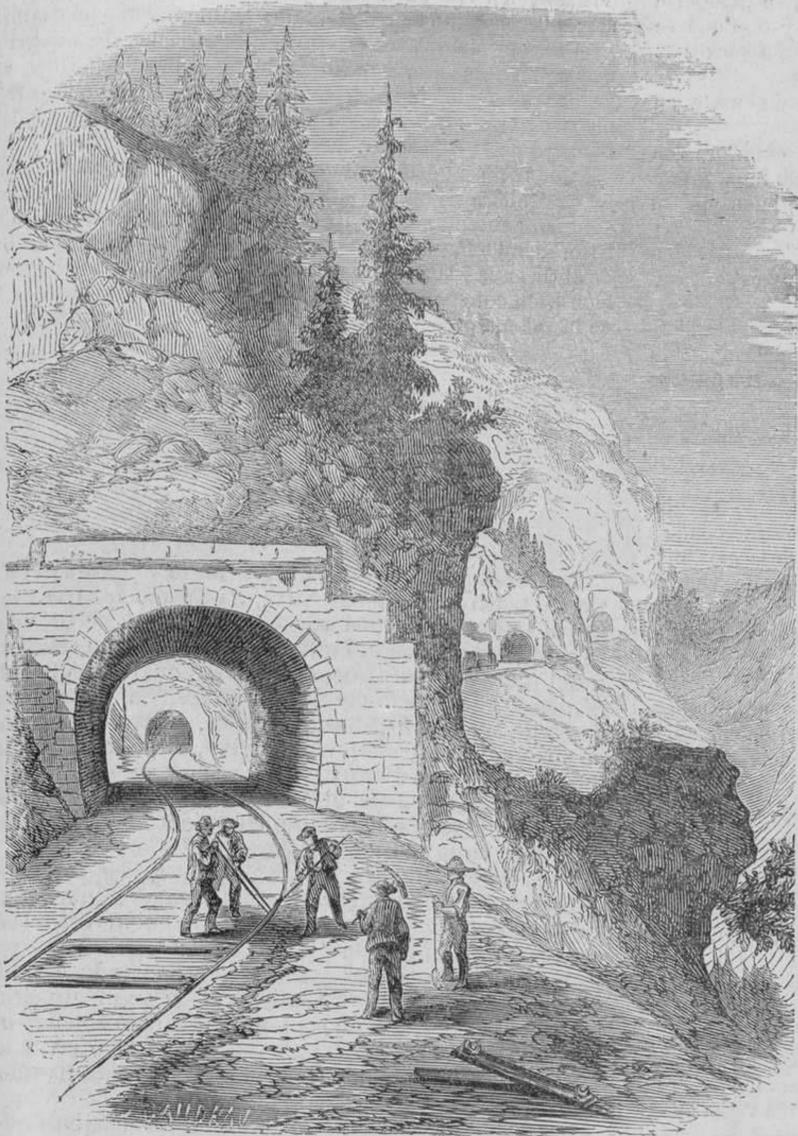
DEL

ferro-carril

FRANCO-SUIZO.

Si hay un país que se preste poco al establecimiento de las vías férreas es seguramente la Suiza con sus profundos valles y sus altas cumbres; pero en el día la mano del hombre allana todos los obstáculos.

La abertura de esta nueva línea crea una tercera comunicación por vía férrea entre la Francia y la Suiza. Va de



GARGANTAS DEL AREUSE.

de Francia y de Suiza, y de esa aldea la locomotora se precipita hácia el valle de Travers, donde se ven aun algunos eslabones de la cadena que detuvo la artillería de Carlos el Temerario.

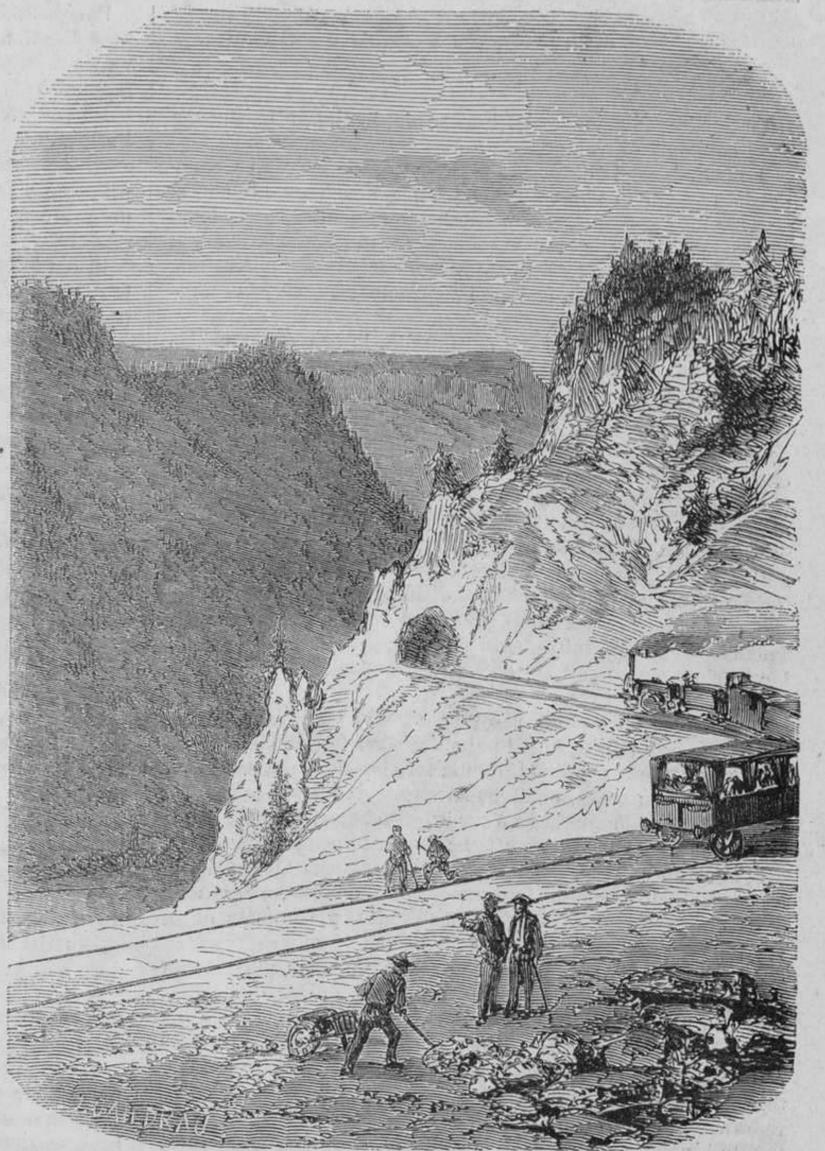
Despues de pasar la bonita estacion de Boveresse, despues de Moitié Travers, Louvet, San Sulpicio y Fleurier, uno de los pueblecillos mas bonitos de la Suiza llamada francesa, la via se abre paso á través de las gargantas del Areuse, y a cabo de poco tiempo se distingue Neuchatel.

Esta hermosa poblacion inclinada sobre la orilla de su lago es una de las que tienen una situacion mas agradable en toda la Suiza. Cuando el tiempo está claro paseándose por la alameda de la orilla del agua, se ve la cordillera de los Alpes en toda su longitud, y se pueden contar uno por uno todos esos picos que se suceden sobre una extension de mas de cincuenta leguas.

El sol en el ocaso

da á esas cumbres heladas tonos rosados que resplandecen mas y mas por el contraste de los pequeños Alpes friburgenses, que se destacan en el primer término como inmensos borrones de tinta.

En cuanto al agua del lago es azul como un reflejo del cielo. Los vapores que hacen el servicio diario de Neuchatel á Iverduñ, y los barcos de vela que se desli-



GARGANTAS DE SAN SULPICIO.

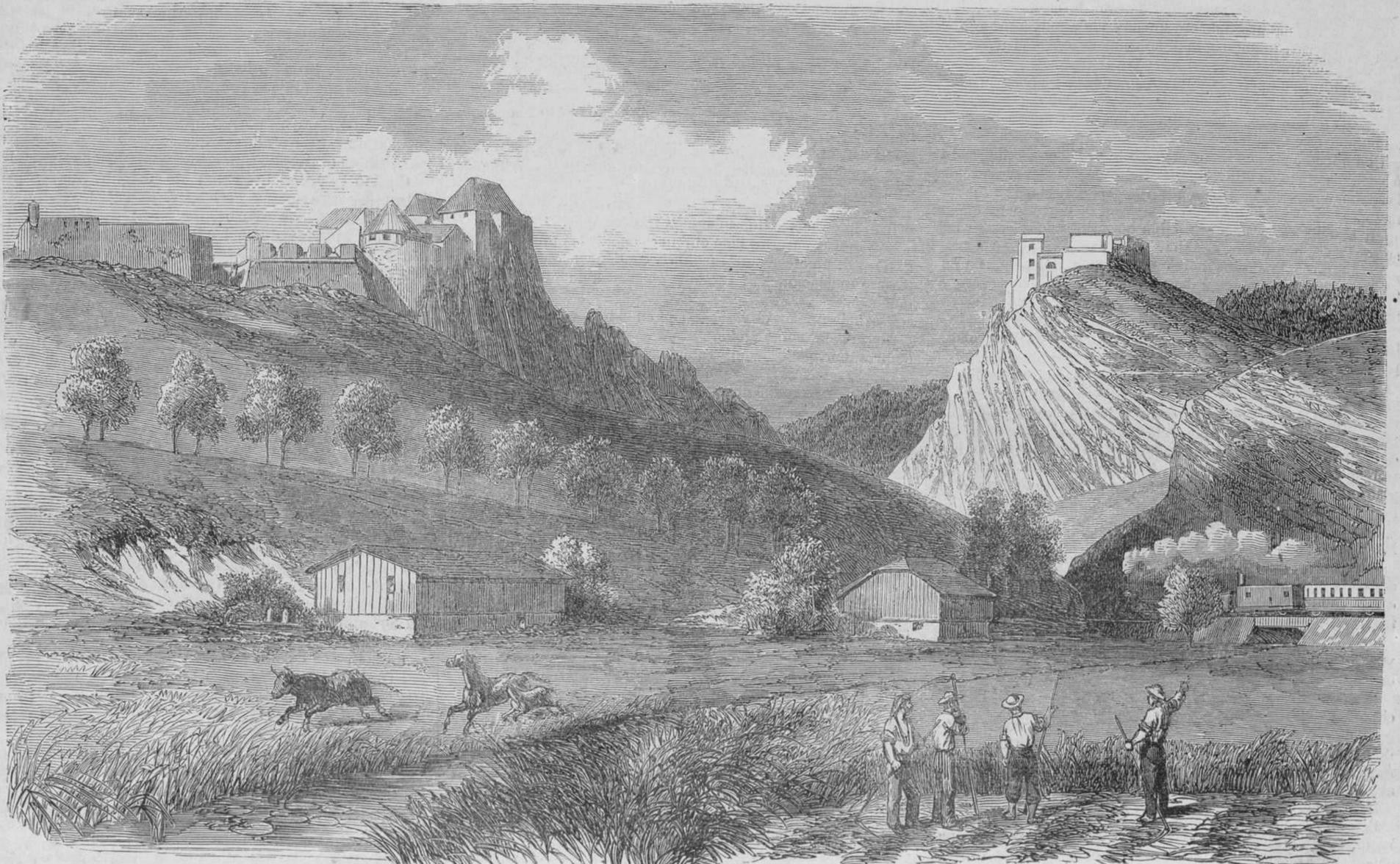
zan sobre la superficie del lago, dan vida y movimiento á ese bonito paisaje. Neuchatel es un pueblo de recreo que no está bastante apreciado todavia.

La inauguracion del ferro-carril franco-suizo ha estado un poco fria quizá; la ceremonia se ha resentido de las circunstancias políticas.

V. C.

Pontarlier á Neuchatel. La via sube por el valle del Doubs, recorre la falda de un monte que llaman el Grueso Toro y pasa cerca del fuerte de Joux, ese puesto avanzado de la Francia que fué una cárcel de Estado donde estuvieron encerrados Mirabeau y Toussaint-Louverture.

Un poco mas allá *les Verrieres* marcan la frontera



EL FUERTE DE JOUX.

Revista de París.

En las inmediaciones del bosque de Boulogne existe una gran casa de campo alquilada á diferentes individuos.

A mediados del último mes un joven escritor amigo y compatriota nuestro, á quien designaremos sencillamente con el nombre de Fernando en esta crónica para ocultar su verdadero nombre, que es ya bastante conocido, tomó una habitación en esa casa con el intento de escribir lejos del bullicio una comedia que destina á uno de los principales teatros de Madrid.

Como todos los inquilinos del mundo, lo primero que hizo al entrar en su nueva morada fué practicar un reconocimiento de los lugares á fin de poseer la geografía de su vecindad.

La cosa era complicada; su habitación estaba en el fondo de un jardín, y enfrente de sus ventanas había un pabelloncito todo cerrado y que presentaba un aire misterioso.

Al cabo de dos días Fernando no había distinguido aun en el pabellon mas que la cabeza de un anciano que parecía como temerosa de asomarse.

Nuestro amigo tenía un buen anteojo de larga vista que dirigió con una curiosidad mal disimulada al pabellon, sin que esto le hiciera adelantar gran cosa en sus observaciones. Podía haber pedido informes al portero; pero vacilaba en apelar á este recurso por no declararse demasiado y poner en zozobra á los vecinos.

Sin embargo, no podía resolverse á vivir en la incertidumbre sobre este punto. Aquel pabellon cerrado casi siempre de cara á la ventana donde él pasaba largas horas pidiendo inspiraciones á su musa, excitaba su curiosidad hasta tal punto, que en vez de abandonarse á sus inspiraciones, tomaba el anteojo y se ponía á observar la habitación de enfrente.

El anciano comenzó á inquietarse por aquella vigilancia de que era objeto; cuando tenía necesidad de salir, atravesaba el jardín presuroso, y mantenía las puertas y ventanas de su vivienda herméticamente cerradas.

Al cabo Fernando llegó á notar que no vivía solo; había oído conversaciones dentro del pabellon, en las que intervenía la voz de una joven.

¿Un hombre de veinte y cinco años no había de descubrir este misterio? — Aquel anciano debía ser un tutor receloso y terrible que guardaba con llaves y cerrojos una pupila encantadora.

Esta hipótesis se cambió muy luego en una certidumbre. Fernando había visto á través de su cristal un pliegue de vestido y una punta de cinta.

Después, como para disipar la última duda en la mente del salvador, que aparecía en el horizonte, la joven había cantado una canción melancólica.

A más de estas circunstancias que formaban ya pruebas irrecusables, Fernando se afirmó en su creencia al ver la zozobra del anciano. Este pobre viejo, sobre todo desde que conocía aquella vigilancia, aumentaba sus precauciones, y cada día ponía más cuidado en que no penetraran el aire ni la luz en su vivienda, temiendo sin duda que el aire y la luz pudiesen ser cómplices de su osado vecino. Las ventanas estaban bien cerradas así como la puerta, y hasta parecía que el anciano ya no tenía necesidad de salir de casa.

Para excitar la imaginación, no hay nada más á propósito que el misterio; lo imposible tiene para nosotros el irresistible iman del fruto prohibido.

Fernando se empeñó en aclarar sus dudas. Se puso á rodar como un lobo en torno de aquella habitación silenciosa, siguió los pasos al anciano, y finalmente, buscó un medio de responder con su interesante víctima.

Una noche á más de las doce el joven se hallaba emboscado á poca distancia de una ventana. Ninguna luz atravesaba por las persianas, y sin embargo una voz cantaba, una voz suave, melodiosa y pura como la de una joven de diez y ocho años.

En aquella voz prisionera había un acento desgarrador en su suavidad, que partía el alma.

Fernando tenía deseos de cometer alguna violencia á fin de ofrecerse generosamente á dar de palos al feroz cancerbero y sacar á la víctima de aquella cárcel.

Pero se contuvo reflexionando que al cabo y al fin su intervención, que el anciano rechazaría con toda seguridad, podía no ser aceptada por la joven.

Pero la sangre ardía en sus venas, y la ira le trastornaba el juicio.

Los cánticos se acabaron, cesaron los ayes, y la casa misteriosa volvió á quedar sumergida en el silencio más profundo. Sin embargo, el poeta permaneció en su puesto media hora más: ¿qué esperaba allí? Ni él mismo lo sabía. Estaba de plantón como un enamorado; porque en efecto Fernando se había enamorado de aquella joven desconocida.

No obstante, como continuara el silencio y fueran más de las dos, se resolvió á entrar en su casa.

Pero en el momento en que alzaba el pie para saltar un apartado de flores, oyó el ruido de la persiana que tenía más cerca. A este ruido se paró conteniendo su aliento, y oyó estas palabras que murmuró una voz dulcísima:

— Venid mañana á las doce de la noche; me confiaré á vuestro honor para libertarme de la horrible persecución que estoy sufriendo.

Fernando iba á responder, cuando la ventana se cerró precipitadamente.

La cosa era muy grave: robar á una mujer sin saber adónde llevarla, sin poder siquiera salir de la casa, sin haber tomado ciertas precauciones indispensables, era cometer un acto de locura.

Pero la cita estaba dada.

Fernando no durmió. Tomó sus disposiciones para un viaje largo, escribió algunas cartas, y esperó la luz del día con una impaciencia febril.

No cabía duda: él era el libertador á quien se había dirigido la cautiva.

Pasó la mañana arreglando sus negocios, vistió su pasaporte para España, se despidió de algunos amigos, y dijo que se volvía á su país adonde le llamaban apremiantes negocios de familia.

No era verdad, pues lo que hizo fué tomar un cuarto en París para encerrarse con la joven.

A su vuelta estudió detenidamente la puerta exterior, que no ofrecía por dentro ningún obstáculo para su fuga, y con un pretexto cualquiera dió algunas botellas de buen vino al portero.

El día le pareció bien largo; pero al fin llegó la noche, una hermosa noche de enamorados, llena de sombra y agitada con un viento estrepitoso.

A las once el portero que había cenado opíparamente, dormía con el sueño más profundo. El anciano había apagado todas las luces de la casa, y Fernando terminaba sus últimos preparativos.

A las doce en punto se hallaba en su puesto. Los latidos de su corazón habrían podido oírse á muchos pasos.

La persiana se abrió suavemente.

— ¡Oh mi libertador! exclamó la joven cruzando las manos sobre la cabeza del poeta. Noble desconocido, se confía á vuestra lealtad una cautiva, una víctima de los celos más odiosos. Mi virtud queda bajo la salvaguardia de vuestra honra.

— Podeis contar conmigo; no engañaré vuestra confianza, respondió Fernando. Venid.

Y la tendió sus brazos.

El joven perdía el juicio con la aventura. Aquel abandono de niña temerosa, aquella voz tan juvenil y tan dulce, aquel traje vaporoso de muselina blanca, ¿no era todo eso un sueño de poeta?

Al caer en los brazos de un extraño, la joven involuntariamente lanzó un grito, y un segundo después apareció el anciano.

— Habría debido precaverlo, dijo este con una voz en que no había ningún acento de cólera. ¿A dónde vas, Julia?

— ¡Ah! mi horrible carcelero... exclamó la niña volviéndose con espanto á su aposento.

— ¡Ay! continuó el anciano dirigiéndose al joven; no sabeis lo que habeis hecho. La pobre criatura está loca hace seis meses y se cree en la cárcel.

Fernando echó á correr; y al otro día aprovechó su pasaporte poniéndose efectivamente en camino para España.

En la semana última se ha hecho en París una venta de libros de grande importancia; consistía en toda la biblioteca del castillo de Bercy, que también se ha puesto en venta pública, y cuyo terreno solo vale más de dos millones. Entre los libros preciosos figuraba una colección de piezas y bailes de la corte sumamente curiosa.

La almoneda en cuestión había puesto en movimiento á todos los bibliomanos de París: hacía un extremo de la mesa se encontraban MM. Cousin, Julio Janin, Siraudin y otros escritores de nota.

Al anunciar el tomo en 4.^o mencionado más arriba y en el cual había reunido el encuadernador varias piezas impresas en la segunda mitad del siglo XVII para el teatro de Fontainebleau, y que eran las que servían al empresario para disponer las funciones de la corte, se especificó que entre ellas se encontraban dos piezas de Molière: el *Mariage forcé* y el *Malade imaginaire*.

A treinta francos nadie chistó; á veinte y á diez igual silencio; por fin un librero se decide, y con tono desdeñoso exclama:

— ¡Cinco francos!

Al punto se oyen voces, y el libro sube hasta cincuenta francos.

M. Cousin examina la obra; quiere pujar; pero por no entrar en competencia con un amigo, se detiene reservándose comprar otro libro de la misma clase.

A cincuenta francos dos libreros comienzan á disputarse la colección de piezas que sube cien francos más.

— Señor comisario, dice entonces uno de los presentes, debería Vd. anunciar que ese libro contiene acotaciones preciosas, indicaciones de cambios de escena de mucha importancia.

Y señala una en el *Mariage forcé* en el tercer intermedio.

Ahora bien, como Molière era á la vez autor y director, es de presumir que esas notas son de su puño y letra.

Esta revelación produce cierto efecto en el público.

M. Cousin examina otra vez el libro y opina que el carácter de letra justifica aquella presunción.

Sabido es que no existe ningún autógrafo auténtico de Molière; solo se tienen de él algunas firmas.

El libro sube pues á trescientos francos, y no fué más allá porque una hipótesis, por lógica que pueda ser, no es una prueba absoluta. Si se hubiese demostrado que las notas eran de mano de Molière, se cree que el libro habría subido lo menos á dos mil francos. En todo caso parece que el comprador obró por cuenta de M. Alfonso Rothschild.

Ya que hablamos de autógrafos, vamos á dar publicidad á uno curiosísimo escrito por Bonaparte el año IV de la república, época en que habitaba en una miserable casa con sus amigos Junot y Sebastiani. Está dirigido al gran trágico Talma, y dice de este modo:

«He peleado como un león por la república, y en pago, mi buen amigo Talma, la república me deja morir de hambre. Están concluyéndose todos mis recursos. El miserable Aubry me tiene olvidado, cuando podría ocuparme para cualquier cosa. Me creo capaz de dar muchos puntos á los generales Santerre y Rossignol, y ¿será posible que no haya en la Vandée ó en otra parte un rinconcillo donde colocarme? ¡Qué dichoso eres! De nadie depende tu reputación; dos horas que pases en las tablas te ponen en comunicación con el público, que es el que da la gloria. Nosotros los militares tenemos que conquistarla en mas vasta escena, á la que no siempre se nos permite salir. No te pese pues tu situación: continúa en tu teatro. ¿Quién sabe si yo volveré á aparecer en el mio? Ayer

ví á Mavel; es un buen amigo. Barras me hace bellas promesas; ¿las cumplirá? Lo dudo. Entre tanto no tengo un cuarto. ¿Tendrás tú algunos escudos á mi disposición? Te advierto que no los rehusaré, y te respondo de su devolución con el primer reino que conquiste con mi espada. Amigo mio, ¿qué dichosos eran los héroes de Ariosto, que no dependían del ministro de la Guerra! Adios; tuyo, — BONAPARTE.»

Este precioso documento tendría otro valor que un autógrafo de Molière si se pusiera en venta; pero los aficionados deberán contentarse con leerle, pues pertenece á un súbdito ruso, Demidoff, que le ha colocado en un museo que acaba de abrir en la isla de Elba en memoria del destierro de Napoleón I, en compañía de otros objetos no menos curiosos y de la misma procedencia.

MARIANO URRABIETA.

Los pueblos del Líbano.

I.

Las escenas sangrientas de que en la actualidad está siendo teatro parte de la Siria, ha puesto otra vez sobre el tapete de Europa la espinosa cuestión de Oriente. El pueblo musulmán, emblema del fanatismo religioso y del marasmo político, ese pueblo al cual no ha podido resucitar el contacto civilizador de los franceses, el buen deseo de sus dos últimos soberanos, ni la desaparición de sus genizaros; ese pueblo activo, inteligente y conquistador en otro tiempo, está muchos años há condenado á verse relegado al Asia menor y desaparecer de un suelo en el que ha venido languideciendo siglo tras siglo como una planta exótica.

A no haber sido por las rivalidades de las potencias europeas, los descendientes de Mahoma no reinarian ya en Constantinopla; arrojados tiempo há al otro lado del Bósforo llorarian la pérdida de sus perfumados palacios y de sus poéticos jardines. Pero cuando el dedo de Dios ha señalado la hora de la caída de un imperio, no basta la voluntad de los potentados para detener un momento más su ruina; por eso se ve siempre a los pueblos juzgados trabajar en la obra de su destrucción con sus propias manos.

Los crueles asesinatos cometidos en los cristianos del Líbano por los drusos, alentados por los turcos, parecen haber acallado por ahora los celos de la Europa, y al grito de horror lanzado por todas las naciones cultas se ha decidido la intervención armada en Oriente. Los derechos de la humanidad habrán triunfado esta vez de las miras políticas, y los cristianos acudirán á vengar á sus hermanos asesinados sin piedad por ese mismo pueblo que años atrás debió su salvación á las armas de las naciones del Occidente.

Si la cuestión es espinosa, lo que más importa por el presente es que los gobiernos europeos hayan roto las ligaduras de la no-intervención que ataran sus manos. Una vez en Oriente los ejércitos de Europa, Dios inspirará á sus jefes, como inspiró en otro tiempo á los caudillos que fueron allí á combatir por la fe, y les sugerirá una solución digna de los sentimientos que deben animar á corazones cristianos y de los intereses de la humanidad. Quizá faltaba la última sangre derramada en el Líbano, tal vez eran necesarios estos nuevos crímenes de esa raza feroz para que cayera sobre el imperio musulmán el castigo que Dios tiene reservado á los Estados que rechazan las luces del progreso solo para tener el derecho de ser el azote de sus semejantes.

Cuatro pueblos de raza y de religión diferente habitan las escarpadas crestas y los valles del Líbano: los maronitas, los drusos, los mutualis y los ansarios. Respecto al origen de estos pueblos reina una completa oscuridad, pues su existencia se pierde en las tinieblas de lo pasado. Lo único en que convienen los historiadores y viajeros, es que estas razas oprimidas y vejadas por el poder musulmán fueron á buscar un abrigo contra sus enemigos en las fragosidades de las montañas del Líbano. Desde estas fortalezas que la naturaleza parece haber esparramado en todos los países para la protección de los débiles, no solamente los habitantes del Líbano se defendieron, sino que lucharon á veces con ventaja contra los musulmanes, obligando á los soberanos de Constantinopla á respetar su territorio, sus leyes, su religión y sus costumbres.

El abate Mislin, al hablar del origen de los maronitas, dice lo siguiente:

«Es muy difícil averiguar lo que era este pueblo antes del siglo sétimo. Es probable que esta pequeña nación cristiana se formase poco á poco con los proscritos que en la época en que Heracio perdió la Siria, buscaba en los montes un refugio contra las crueldades del ejército de Cosroes. A fines del siglo sétimo, el historiador Teofano nos los pinta ya bastante numerosos y muy extendidos por todo el norte de la Siria.

Un solitario llamado Maron, trasladado de las riberas del Oronto á la silla episcopal de Botriz, población situada al pie del Líbano, entre Tripoli y Biblos, prestó tan grandes servicios á la Iglesia defendiendo con celo tan verdadera fe, que fué elevado á la dignidad de patriarca del Líbano. Quisolo mucho el pueblo por sus buenos oficios y virtudes; de todas partes acudían á buscar un asilo contra las persecuciones en las cuevas de los montes y en el seno de su inagotable caridad.

Teodosio el Grande había fundado un monasterio en un valle muy retirado, en Kanobin, donde fijó su residencia. Los cristianos reunidos en torno de él y perseguidos por los árabes que los calificaban de rebeldes,

se acostumbraron á los combates y fueron una de las naciones mas terribles de la Siria. Muerto aquel escogieron jefes intrépidos, y no contentos ya con defenderse guarecidos en sus riscos, bajaron muchas veces al llano y atacaron con feliz éxito á los ejércitos musulmanes. Parece que el nombre de maronitas lo tomaron de su primer patriarca. »

Entre los diferentes autores que hemos consultado, este nos parece el mas digno de fe respecto al origen del pueblo maronita, origen que no se aparta tampoco del que le atribuyen Volney y Lamartine.

La nacion de los maronitas, que cuenta mas de doscientas mil almas, ocupa los valles centrales y las cordilleras mas elevadas del grupo principal del monte Líbano, desde las inmediaciones de Beyruth hasta Trípoli de Siria. Su territorio comprende unas ciento cincuenta leguas cuadradas.

Los drusos, cuyo pasado es á su vez tan dudoso como el de los maronitas, parecen descender de una tribu árabe del desierto. Habiéndose encontrado en disidencia con los musulmanes ortodoxos, tuvieron que refugiarse en los desfiladeros del Líbano para defender en ellos sus creencias y su libertad. Los maronitas, que habian resistido á tantos ejércitos, se vieron obligados á compartir su asilo con esas hordas de invasores que por todas partes penetraban en sus valles.

La tribu de los metualis, que forma casi la tercera parte de la poblacion del Líbano, es mas conocida, tanto que su procedencia y su religion no ofrecen la menor duda. Los metualis eran dueños de Balbek en el siglo decimosexto, y el aumento de su poblacion los hizo extenderse hácia las vertientes del Ante-Líbano en las inmediaciones del desierto del Bkâ; mas tarde atravesaron este desierto y se mezclaron con los drusos en la parte de la montaña que hay entre Tiro y Saida, territorio que tuvieron que abandonar despues, rechazados por los habitantes para establecerse definitivamente en las vertientes y valles del Líbano por el lado de Sur (Tiro).

Acerca de los ansarios, que habitan la parte occidental de la cordillera del Líbano y las llanuras de Latakia, se tienen noticias bastante positivas debidas á Volney. Este pueblo es mas feroz y fanático que el druso. Burckhardt cree que los ansarios pertenecen á una tribu emigrada del Indostan á causa del culto que muchas de sus familias tributan al perro.

Hé aquí la composicion de los pueblos que habitan el monte Líbano, cuyas querellas intestinas han llamado mas de una vez la atencion de Europa, así como sus coaliciones contra los bajás turcos han alarmado con frecuencia á los sultanes de Constantinopla. Los maronitas, los drusos y los metualis se han sucedido en sus épocas de preponderancia sobre las demás tribus vecinas segun el talento guerrero y la energia de sus jefes, entre los cuales ha habido algunos cuyo nombre y hazañas han llegado hasta nosotros. Sin embargo, los dos últimos pueblos, en su odio comun contra los cristianos, se han unido varias veces contra estos y los extranjeros que los intereses religiosos ó comerciales han llevado á su pais. Ahora, apoyados por los mismos turcos, han empezado esa lucha salvaje de sangre y exterminio contra los cristianos y cuantos francos han podido haber en sus manos, horrores que hacen ya necesaria la intervencion de las grandes potencias europeas.

II.

La nacion de los maronitas, sostenida como por un milagro de la Providencia en medio de pueblos tan fanáticos como intolerantes á través de tantas vicisitudes, parece representar el derecho que los descendientes de los cruzados tienen á establecerse en una comarca regada abundantemente con la sangre de sus antepasados. Los cristianos del Líbano, por su pasado y por su heroica constancia de siempre, se han hecho acreedores á la mas decidida proteccion de las potencias del Occidente.

Durante la primera cruzada y despues de la toma de Antioquia, los cruzados fueron recibidos y saludados en tan apartadas regiones por un pueblo amigo que corria á llevarles víveres y se aprestaba gustoso á servirles de guia.

Guillermo de Taro dice tambien que cuando los cruzados pasaban cerca de Trípoli, los fieles del Líbano dieron al ejército cristiano pruebas inequívocas de sus verdaderos sentimientos de fraternidad.

Raimundo de Agiles, al hablar de un pueblo de sesenta mil cristianos que vivian en el Líbano, añade: « Estos cristianos sirvieron de guías á los peregrinos y les enseñaron tres caminos para marchar hácia Jerusalen; el primero pasando por Damasco, el segundo por el Líbano y el tercero siguiendo por la orilla del mar. « Si vosotros sois esa nacion que debe apoderarse de la ciudad del Santo Sepulcro, decian, debéis, segun el Evangelio de san Pedro, seguir el camino de la costa, aunque es tan escabroso que un puñado de musulmanes puede detener á todos los ejércitos del mundo. »

Los maronitas formaron algun tiempo despues parte del reino cristiano de Jerusalen, y muchos de ellos perecieron peleando al lado de las cruzadas. Al quedar nuevamente sometidos al yugo musulman fueron tratados cruelmente, y si en sus períodos de tranquilidad, la Europa, acordandose de sus hermanos del Líbano alcanzó algunas concesiones en su favor, ni la Puerta ni los bajás trataron de cumplirlas. Sin embargo de tan

duras pruebas, los maronitas han conservado siempre pura su fe.

Los cristianos del Líbano han pasado siglos enteros, ora defendiéndose de los turcos, ora de sus mismos vecinos. Despues de varias luchas, á principios de este siglo los maronitas quedaron sometidos al emir Bechir, quien formó de los pueblos del Líbano una especie de confederacion despótica. Este príncipe descende de la familia árabe de Schebah, oriunda de la Meca, que ha conservado el mando de dicha comarca desde la extincion de la raza del emir Fakar-el-Din. El nombre del emir Bechir es conocido en Europa por haber figurado en todos los acontecimientos que de cincuenta años acá ha sido teatro la Siria. El emir, á pesar de su talento político y de sus cualidades militares, fué á veces muy cruel y rapaz para con sus pueblos; los montañeses se sublevaron en diferentes ocasiones contra su autoridad, y le hicieron abandonar su palacio de Deir-el-Kamar.

Repuesto despues en el poder por la division de sus vasallos y por el auxilio de los bajás, el emir Bechir se vengaba terriblemente de sus enemigos y hasta de sus parientes, á quienes mandaba sacar los ojos ó cortar la lengua, despues de atraerles con promesas de perdón.

En 1840 los habitantes del Líbano se sublevaron nuevamente contra la tiranía de Mehemet-Ali, quien habiendo levantado el estandarte de la revolucion en 1832, obtuvo de la débil Puerta el gobierno de la Siria por el tratado de Kutaye. Las exacciones del emir Bechir, amigo del gobernador, contribuyeron no poco á la exasperacion de aquellos montañeses. Maronitas, drusos y metualis habian tomado igual parte en esta insurreccion, pero los jefes drusos, corrompidos por el dinero del emir, hicieron traicion á los demás. Soliman penetró en el Líbano con un ejército egipcio y lo pasó todo á sangre y á fuego hasta que se presentó en las costas de la Siria la escuadra aliada de Turquía, Inglaterra y Austria.

Los maronitas se defendieron en lo mas escarpado de sus montes; pero provistos de armas y municiones y sostenidos por los aliados de la Puerta, batieron al ejército de Mehemet-Ali que se retiró de aquella comarca. Despues de la derrota de su aliado, el emir Bechir se entregó al almirante inglés para evitar la venganza del gobierno turco, y fué llevado á Malta y despues á Brusa.

La alta administracion de los pueblos del Líbano pertenece al príncipe del pais y á su divan. En cada pueblo hay un cheik, especie de señor feudal, que hace justicia sumaria en los casos en que solo se trata de simples medidas de policia. La justicia, en los asuntos graves dimana siempre del emir, y en parte de los obispos cuando se refieren á los maronitas; si estas autoridades se encuentran en desacuerdo, el patriarca decide siempre que la ley civil se presenta en competencia con la religiosa. El emir guarda grandes consideraciones al patriarca y á los obispos á causa de la mucha influencia que el clero ejerce sobre una poblacion eminentemente religiosa.

El clero maronita se compone de un patriarca elegido por los obispos y de un legado del papa enviado de Roma, que reside en el monasterio de Anturia ó en el de Kanobin.

Los maronitas cuentan unos doscientos conventos de diferentes órdenes en la superficie de su territorio. Cada uno de estos conventos encierra de veinte á veinte y cinco individuos que viven de la agricultura, sin que sean gravosos al pueblo en lo mas mínimo. Sobrios y de costumbres puras, son respetados de las gentes que ven en ellos reuniones de labradores morigerados por la religion y el trabajo. Cada convento cultiva la porcion de terreno que hasta para sus necesidades, á cuyos productos agregan algunos rebaños.

Los drusos, sometidos á las mismas leyes civiles que los maronitas, han tenido sus épocas de preponderancia y de dominio sobre las demás tribus del Líbano, y la Europa no ha olvidado todavia la historia algun tanto aventurera de su célebre jefe el emir Fakar-el-Din. Este príncipe turbulento empieza á figurar en el siglo décimo. Nombrado gobernador de los drusos, merece la confianza de la Puerta; sus armas triunfan por todas partes; bate las tribus feroces de Balbek, liberta á San Juan de Acre de las incursiones de los beduinos, y despues de haber arrojado al agá de Beyruth, hace de esta ciudad su capital. Acusado de miras ambiciosas ante el divan de Constantinopla, deshace por medio de la fuerza y del dinero las tramas que contra él urden los bajás de Alepo y de Damasco. Sin embargo, la Puerta llega á mirar con desconfianza los progresos de los drusos y se decide á combatirlos, mandando contra ellos una expedicion formidable. El emir habia formado alianzas y concluido tratados de comercio con algunos príncipes italianos, y parte en persona á reclamar los auxilios que le prometieran sus aliados. Deja el gobierno á su hijo Ali y se traslada á Florencia á la corte de los Médicis; allí se hace pasar por descendiente de la casa de Lorena, diciendo que los drusos proceden de los restos de una fuerza que mandaba el conde de Dreux y que se quedó en el Líbano al retirarse los cruzados.

Despues de nueve años de permanencia en aquella corte italiana, el emir Fakar-el-Din vuelve á Siria, y su hijo Ali le entrega todas sus provincias, que conservara intactas despues de rechazar á los turcos. El emir, corrompido por las costumbres y delicias de Florencia, olvida á sus enemigos para construir magníficos palacios en Beyruth, y hacer de su capital una ciudad oc-

cidental. Sus súbditos se disgustan, y Amurat IV irritado, envia otra vez contra él al bajá de Damasco con un ejército numeroso, en tanto que una escuadra turca bloquea el puerto de Beyruth. Su hijo Ali, gobernador de Saphad, muere combatiendo al ejército del bajá de Damasco. El emir Fakar-el-Din envia á su hijo segundo á implorar la paz á bordo de la escuadra, y el almirante le retiene prisionero desechando toda negociacion. El emir huye consternado, y con un puñado de amigos se guarece en la inaccesible roca de Nilka, donde los turcos le sitian en vano un año, y se retiran.

El emir se ve libre y toma el camino de su montaña; pero vendido por algunos de sus compañeros de infortunio, es entregado á los turcos y conducido á Constantinopla. Amurat lo perdona, y le da un palacio y esclavos; pero no falta quien despierta las sospechas del sultan, que concluye por mandar ahorcar á este príncipe, tan valiente como desgraciado. La Puerta dejó reinar á los descendientes del emir Fakar-el-Din, hasta que á mediados del siglo pasado, extinguida la familia del célebre emir, el cetro del Líbano pasó á las manos del emir Bechir.

Los drusos son idólatras, y cubren sus ritos religiosos con un misterio que ningun extranjero, ni sus mismos vecinos han podido penetrar. Su verdadera religion es tanto mas difícil de ser conocida, cuanto que les está permitido afectar todos los cultos de los pueblos con los cuales se mezclan.

Lo único que se sabe de cierto es que adoran el becerro de oro.

El pueblo druso se divide en dos castas: los *akkals* ó *sabios*, y los *djahels* ó *ignorantes*. El druso practica tal ó cual forma de culto, segun la casta á que pertenece.

Los jóvenes son iniciados gradualmente en los misterios de su religion, á los cuales son admitidas tambien las mujeres. Durante la celebracion de sus ceremonias religiosas, hay guardas que vigilan al rededor del sitio donde están reunidos, y desgraciado de aquel á quien la curiosidad llevase á querer indagar algo de sus ritos, porque seria castigado al instante con la muerte. Los sacerdotes drusos son casados y tienen su gerarquía eclesiástica. El jefe de los *akkals* ó el pontífice de los drusos reside en El-Mutna. Este pueblo cree en la transmigracion, y los muertos sufren un juicio severo sobre los actos de su vida. Segun el resultado de este juicio, el muerto resucitará en un hombre rico y poderoso, ó bajo la forma de un animal si ha sido malo.

Los metualis, al establecerse en el Líbano, como dejamos dicho en el artículo anterior, fueron combatidos por los drusos á las órdenes de su emir Joussef, antecesor del emir Bechir. Daher, bajá de Acre, los acogió y formó una alianza con ellos en 1760, en cuya época eran bastante numerosos para poderle proporcionar diez mil jinetes; estas tribus se apoderaron de las ruinas de Tiro, hoy Sur, y combatieron con valentia contra los drusos, derrotando enteramente al ejército del emir Joussef, compuesto de veinte y cinco mil hombres.

Aun cuando los metualis no pasaban de quinientos en este combate, pelearon con el heroísmo de la ira y de la desesperacion; pero no contribuyó poco á su victoria la guerra intestina que entonces tenia divididos á los drusos.

Los metualis abandonaron despues á Daher, bajá de Acre, lo cual fué causa de su caída y de su muerte. Djezzan-bajá, su sucesor, se vengó cruelmente de este pueblo, al que juró exterminar. Las persecuciones del nuevo bajá obligaron á los metualis á reconciliarse con los drusos, y aunque solo figuraban en el ejército del emir Joussef en número de ochocientos, hicieron tanto en esta campaña por la causa comun, como los veinte y cinco mil drusos y maronitas reunidos en Deir-el-Kamar. La mayor parte de los metualis habitan las vertientes y los valles del Líbano, si bien hay algunas tribus que ocupan todavia las magníficas ruinas de Dalbek.

Los metualis son musulmanes de la secta de Ali.

La historia de los ansarios no ofrece ningun hecho importante: este pueblo empieza á figurar en 1837 con una abominable traicion. Una de sus tribus fingió una querrela con su jefe, y fué á pedir asilo y proteccion al emir de Mazyad. Este príncipe, viendo que podia debilitar á su enemigo, acogió á los ansarios y á su cheik Mahmoud, llevando su generosidad hasta el extremo de hacer desocupar las casas á los suyos para darlas á los fugitivos. Durante algunos meses nada ocurrió de notable, pero un dia en que la mayor parte de los habitantes de Mazyad habian salido á trabajar al campo, á una señal convenida, los ansarios se apoderan del emir y de su hijo y los asesinan, y en seguida degüellan á todos los habitantes que encuentran en la ciudad, entregándola despues á las llamas. Al dia siguiente, un gran número de ansarios se reunen en Mazyad á los ejecutores de este complot horrible, cuyo secreto habia sabido tener reservado un pueblo entero por espacio de cinco meses.

Las leyes civiles de los ansarios son las mismas que las de los drusos y demás pueblos de estas comarcas. En cuanto á sus prácticas religiosas, estas tribus son idólatras y cubren tambien sus ritos religiosos bajo el velo de la iniciacion.

Hé aquí una pequeña muestra de la historia de los pueblos que habitan el Líbano y los feroces vecinos con quienes tienen que luchar los cristianos establecidos en estas montañas. Si á unas costumbres salvajes y belicosas se allega el apoyo ó la indiferencia de los bajás turcos, como sucede en la ocasion presente, fácil es

prever el triste fin que aguarda á todos los cristianos de la Siria, si las naciones occidentales no acuden inmediatamente á esta comarca con medios eficaces de represión.

III.

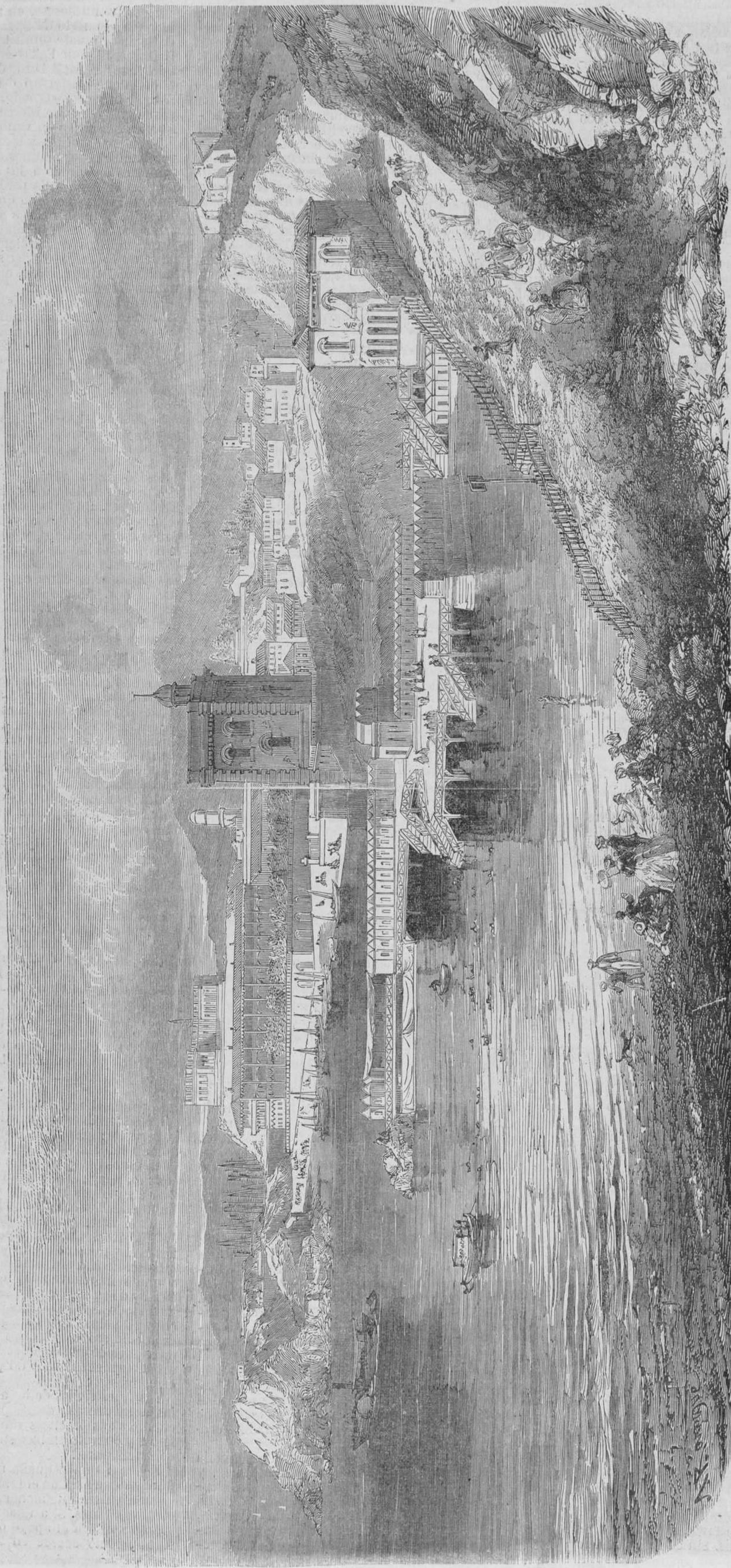
Los pueblos del Líbano, cuando no se han visto amenazados por un enemigo exterior ó tenido que defenderse de los atropellos de los bajás turcos, han sido con frecuencia destruidos por la guerra civil. Los maronitas fueron casi siempre blanco de los odios de las tribus vecinas, coaligadas contra ellos, incitadas por extrañas influencias ó alentadas por los musulmanes, pues la natural intrepidez de los cristianos montañeses y el número de su población bastarian para tener en respeto á las demás tribus, á no contar estas mas que con sus propios recursos.

Apyados en los asertos de viajeros que han permanecido bastante tiempo en la Siria, ningún reparo puede tenerse en decir que las discordias entre dichas poblaciones han sido fomentadas por agentes extranjeros, y en particular por misioneros protestantes.

« Frente al mar, dice el abate Mislin, sobre la colina de las primeras llanuras del Líbano, donde está situado el pueblo de Abeih, establecióse la mision protestante americana para evangelizar, según la curiosa expresion de Mad. de Gasparin, á los maronitas católicos y á los drusos idólatras, y para arrancar con frias burlas del corazon recto, piadoso y amante de los católicos montañeses la religion, á que son tan viva y sinceramente adictos, para reemplazarla con el estudio de la historia, de la geografía, álgebra, geometría, trigonometría, química, física y literatura árabe.

A la verdad, añade Mad. de Gasparin, el que lleva en el alma este conjunto de luces no tiene que temer nada por el dogma que predica.

La luz, observa el abate Mislin, es efectivamente grande, en especial si se considera que los que deben recibirla son pobres árabes que pasan su vida trabajando en el campo, cultivando sus morales ó apacentando sus rebaños en las llanuras como los hijos de Jacob. Dejad á esos montañeses profesar su fe viva y pura; el álgebra y la trigonometría no les darán fuerzas para soportar con resignacion el peso de sus continuas privaciones. Los misioneros americanos que atraviesan los mares para venir á enseñar el Evangelio á aquellos de quienes lo han recibido, podian



LOS BAÑOS DE LOS CATALANES EN MARSELLA.

enseñarlo á los pueblos salvajes de las riberas del Missouri y del Ohio.»

Pedro David, cónsul de Francia en Oriente, dice al hablar de la guerra intestina que devoraba á los pueblos del Líbano, guerra que se atribuía á influencias extranjeras :

« ¿Cuál es, pues, la causa de esta guerra civil tan contraria á la seguridad comun de ambos pueblos? Se ha sospechado que la Inglaterra habia favorecido á los mal llamados misioneros americanos por un interés meramente político. »

La conducta de Inglaterra en Oriente es demasiado conocida para que tengamos necesidad de patentizarla acudiendo á hechos pasados. Sus embajadores no han hecho otra cosa en Constantinopla desde mucho tiempo acá que luchar contra la influencia de Francia y Rusia en Oriente. La coalicion de Inglaterra y Francia encaminada á oponerse á la ambicion del emperador Nicolás cuando la guerra de Crimea, fué una anomalía que no es fácil veamos repetirse, pues no volverán probablemente á reproducirse los motivos y los resentimientos particulares de monarca á monarca que, por lo que toca al emperador de los franceses, triunfaron entonces de la política.

J. MOLA Y MARTINEZ.

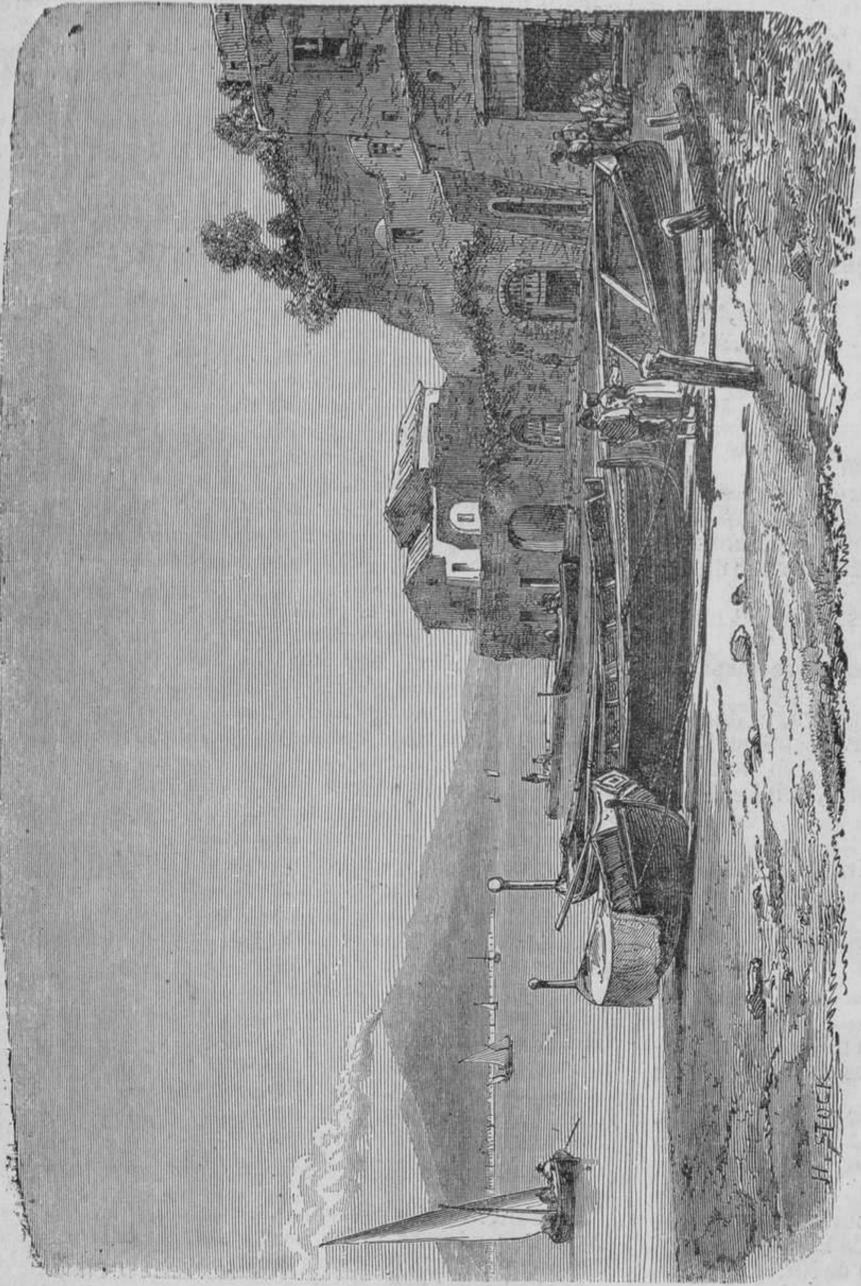
(Se concluirá.)

Baños de mar

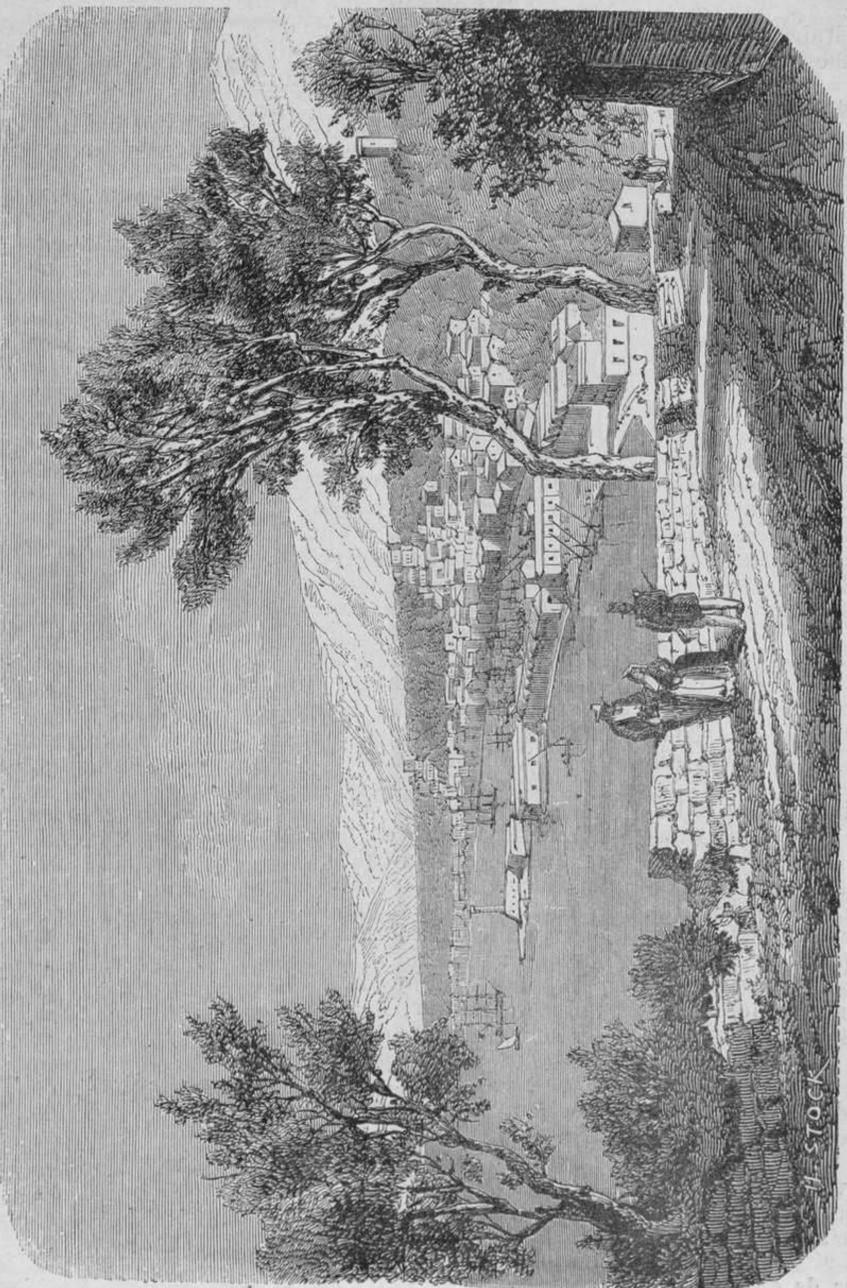
DE LOS CATALANES EN MARSELLA.

La pintoresca aldea llamada de los Catalanes situada á pocos minutos de Marsella ha desaparecido, y el año último un hombre inteligente tuvo la idea de establecer en esas famosas ruinas unos baños de mar que han obtenido un éxito completo. Nuestro dibujo dará una idea del aspecto grandioso que presenta el establecimiento recién construido por un hábil arquitecto, M. Bordes. La parte de los baños reservada á las señoras está completamente aislada. Tambien se hallan en el establecimiento baños de mar calientes, chorros, etc., etc. Se han dispuesto grandes piscinas para los niños y las personas débiles, y no sería de extrañar que esos baños adoptados hoy por la terapéutica, entrasen en refiada competencia con las aguas termales. Las costas del Océano y de la Mancha ofrecen muchos establecimientos á los enfermos y á los ociosos desde Boulogne hasta Biarritz; ¿porqué el Mediterráneo con su hermoso cielo y sus claras aguas, no ha de tener tambien sus baños?

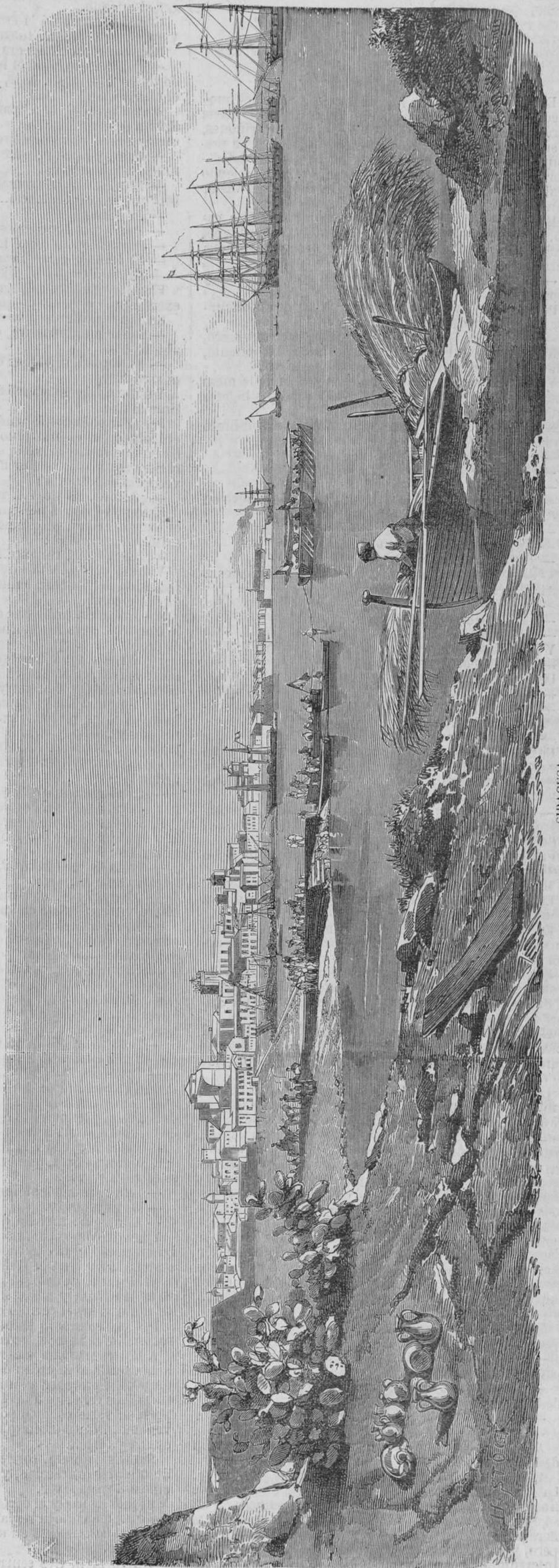
P. P.



SORRENTO.



CASTELLAMARE.



SIRACUSA.

CUENTOS FANTASTICOS

ESCRITOS EN ALEMAN

POR ERCKANN CHATRIAN.

LA OREJA DE LA LECHUZA.

El 29 de julio de 1835 Kasper Boeck, pastor del pueblecillo de Hirschwiller, con su ancho fieltro caído hacía atrás, su bolsa de lienzo flojo á lo largo de los riñones, y su enorme perro rojizo siguiendo sus huellas, se presentaba á eso de las nueve de la noche en casa del señor burgomaestre Petrus Manerer, quien habiendo acabado de cenar tomaba una copita de kirschwasser para facilitar la digestión.

Este burgomaestre alto, muy seco y con bigote cano, había servido en otro tiempo en los ejércitos del archiduque Carlos; era de humor alegre y gobernaba perfectamente aquella aldea.

— Señor burgomaestre... exclamó el pastor muy conmovido.

Pero Petrus Manerer sin esperar el fin de su discurso, le dijo frunciendo el ceño:

— Kasper Boeck, principia por quitarte el sombrero, echa el perro del cuarto, y luego habla claramente, sin tartamudear, á fin de que yo te comprenda.

Y sobre esto el burgomaestre de pié cerca de la mesa apuró tranquilamente el licor, y se chupó sus bigotes canos con indiferencia.

Kasper hizo salir al perro, y volvió con el sombrero en la mano.

— ¿Qué pasa pues? preguntó Petrus.

— Pasa una cosa muy seria.

— Veamos.

— Pasa que el duende se ha mostrado de nuevo en las ruinas de Geierstein.

— ¡Ah! ya lo sospechaba... ¿le has visto bien?

— Muy bien, señor burgomaestre.

— ¿Sin cerrar los ojos?

— Sí, señor burgomaestre... los tenía bien abiertos...

Hacia una luna clarísima...

— ¿Y qué forma tiene?

— La de un hombre pequeño.

— Está muy bien.

Y volviéndose hacia una puerta vidriera gritó:

— ¡Katel! ven pronto.

Una vieja criada asomó á la puerta.

— ¡Señor!...

— Voy á dar una vuelta por la cuesta... me esperarás hasta las diez. Aquí está la llave.

— Bien, señor.

Entonces el antiguo soldado, descolgando una escopeta que se hallaba encima de la puerta, examinó el rastrillo, se la echó al hombro, y despues dirigiéndose á Kasper, le dijo:

— Advertirás al guarda campestre que se reuna conmigo en la plazuela de los acebos detrás del molino... Tu duende debe ser algún malhechor... pero si fuera un zorro, te mandaría hacer una gorra magnífica con dos orejas soberbias.

Maese Petrus Manerer y el humilde Kasper salieron. El tiempo estaba hermoso; las estrellas brillaban en número infinito.

En tanto que el pastor iba á llamar á la puerta del guarda, el burgomaestre se metía por una pequeña arboleda de sauces que serpentea detrás de la iglesia.

Dos minutos despues Kasper y Hans Gerner corrian á alcanzar al burgomaestre en la plazuela de los acebos.

Una vez reunidos, los tres se encaminaron á las ruinas de Geierstein.

Estas ruinas, situadas á veinte minutos de la aldea, parecen bastante insignificantes; consisten en algunos paredones decrepitos de cuatro á seis piés de altura que se extienden por medio de las breñas.

Los arqueólogos llaman á esto los acueductos de Saranis, el campo romano de Holderlock ó los vestigios de Teodorico, segun su antojo. La única cosa verdaderamente notable en estas ruinas es la escalera de una cisterna cortada en la roca. Al contrario de las escaleras de voluta, en lugar de círculos concéntricos que se estrechan á cada escalon, la espiral de esta se va ensanchando de modo que el fondo del pozo es tres veces mas grande que la boca. ¿Es un capricho de arquitectura, ó hubo otra razon que determinó esa construcción singular? Poco nos importa; lo cierto es que en la cisterna se oye un vago zumbido que todos pueden oír aplicando al oído una concha, y que se perciben los pasos de los viajeros en la arena, el soplo del aire, el murmullo de las hojas y hasta las palabras lejanas de los que pasan al pié de la cuesta.

Nuestros tres personajes subian pues el senderillo que hay entre las viñas y las huertas de Hirschwiller.

— No veo nada, decía el burgomaestre alzando la cabeza con ironía.

— Ni yo tampoco, añadía el guarda imitando el tono de Petrus.

— Está en el agujero, murmuraba el pastor.

— Veremos, decía el burgomaestre.

Así llegaron al cabo de un cuarto de hora á la boca de la cisterna.

Ya he dicho que la noche estaba clara y hermosa. La luna alumbraba uno de esos paisajes nocturnos de líneas azuladas, sembrados de árboles raquíticos cuyas sombras parecen trazadas con carbon. Los brezos y la florida retama perfumaban el aire con un olor algo áspero, y las ranas de un charco cercano cantaban y se interrumpian alternativamente.

Pero todos estos detalles no eran observados por nuestros campesinos, que lo único que querian era coger al duende.

Cuando llegaron á la escalera, los tres hicieron alto y aplicaron el oído... luego miraron en las tinieblas... Nada aparecía: todo era quietud y silencio.

— ¡Diablo! exclamó el burgomaestre, hemos olvidado tomar una vela... Baja, Kasper, tú que conoces bien el camino... yo te sigo.

A esta proposición el pastor retrocedió bruscamente. Habría deseado fugarse; su cara lastimera hizo reír á carcajadas al burgomaestre.

— Hans, ya que no quiere bajar, enséñame tú el camino, dijo al guarda.

— Pero, señor burgomaestre, dijo el guarda, ya sabeis que faltan escalones...

— ¿Y bien?

— Podríamos rompernos la cabeza.

— Pero entonces ¿qué hacemos?

— Es verdad; ¿qué hacemos?

— Envía á tu perro, dijo el burgomaestre.

El pastor llamó á su perro, le mostró la escalera y le excitó; pero el perro no quiso aventurarse tampoco.

En aquel momento tuvo el guarda una idea luminosa.

— Señor burgomaestre, exclamó, dispárenos un tiro ahí dentro.

— Es verdad, repuso el otro, tienes razon; al menos se verá claro.

Y sin vacilar se acercó á la escalera y se dispuso á tirar el tiro.

Pero por el efecto de acústica indicado ya, el duende, el malhechor, el individuo que efectivamente se hallaba en la cisterna no había oído todo; y como no le pareciera agradable recibir un escopetazo, gritó con una vocecilla penetrante:

— ¡Alto!... No tireis... ya subo.

Entonces los tres personajes se miraron riéndose, y el burgomaestre, inclinándose de nuevo hacia el pozo, gritó con autoridad:

— Despáchate, tunante... si no disparo.

Y armó su escopeta cuyo ruido pareció apresurar la ascensión del individuo misterioso; se oyeron rodar algunas piedras.

Sin embargo, hubo que esperar un minuto para verle aparecer, pues la cisterna tenía mas de cuarenta piés de profundidad.

¿Qué hacía aquel hombre en medio de aquellas tinieblas? Debía ser algún gran criminal; al menos así lo pensaban Petrus Manerer y sus acólitos.

Por fin, una forma vaga se destacó en la sombra, y luego lenta, progresivamente, un hombrecillo de cuatro piés y medio, delgado, cubierto de harapos, el rostro seco y amarillo como el boj viejo de Nuremberg, el ojo chispeante y los cabellos rojos en desorden, salió gritando:

— ¿Qué me quereis? ¿con qué derecho venís á turbar mis estudios, miserables?

El apóstrofo, á decir verdad, no cuadraba con su traje y su fisonomía; por eso el burgomaestre indignado le replicó:

— Trata de moderarte, bribon, ó principiaré por corregirte como mereces.

— ¡Corregirme! exclamó el hombrecillo saltando de cólera y plantándose delante de Petrus.

— Sí, repuso el otro, que sin embargo no dejaba de admirar el valor del pigmeo; trata de responder de un modo satisfactorio á mis preguntas. Soy el burgomaestre de Hirschwiller, y me acompañan el guarda campestre y el pastor con su perro, de modo que somos mas fuertes que tú... dime con calma quién eres, qué haces aquí y porqué no te muestras de día... y luego veremos lo que se ha de hacer contigo.

— Todo eso no os importa, respondió el hombrecillo con su voz agria. No responderé.

— Entonces, marcha á la cárcel, exclamó el burgomaestre agarrándole con mano firme por el pescuezo.

El hombrecillo se resistía con vigor; hasta trataba de morder, y el perro le olía ya las pantorrillas, cuando cansado con sus esfuerzos dijo no sin cierta nobleza:

— Dejadme, cedo á la fuerza... os sigo.

El burgomaestre, que era un hombre muy racional, se calmó á su vez.

— ¿Me lo prometes? le preguntó.

— Os lo prometo.

— Está bien: marcha delante.

Y hé ahí cómo en la noche del 29 de julio de 1835 el burgomaestre hizo la captura de un hombrecillo que salió de la caverna de Geierstein.

Al llegar al pueblo, el guarda corrió á buscar la llave de la cárcel, y el vagabundo fué encerrado con llave, sin olvidar el cerrojo exterior y el candado.

Despues se fueron todos á descansar, y Petrus Manerer soñó aquella noche con esa aventura extraordinaria.

A la otra mañana á eso de las nueve, el guarda que había recibido la orden de llevar el preso á la sala común para proceder á su interrogatorio, pasó con cuatro mozos robustos á la cárcel. Pero cuál no fué su sorpresa al verle colgado por su pañuelo de la reja de la ventana... Unos dicen que se movía aun, y otros que estaba ya frio...

Sea como quiera, corrieron á casa de Petrus Manerer á notificarle lo acaecido, y cuando este llegó, el hombrecillo era ya cadáver.

El juez de paz y el doctor de Hirschwiller extendieron un informe en toda regla de la catástrofe; luego enteraron al desconocido en un campo de alfalfa y se acabó el asunto.

Ahora bien, tres semanas despues de estos sucesos

fuí yo á visitar á mi primo Petrus Manerer, de quien soy el pariente mas próximo y por consiguiente su heredero. Esta circunstancia mantiene entre nosotros relaciones íntimas.

Comiamos juntos hablando de cosas indiferentes, cuando el burgomaestre me contó la historieta que precede en los términos en que yo acabo de exponerla.

— Es muy singular, muy extraño, le dije yo... ¿Y no teneis ninguna otra noticia sobre el desconocido?

— Ninguna.

— ¿No habeis hallado ningun indicio?

— Ninguno absolutamente, mi querido Christian.

— Pero ¿qué podía hacer en la cisterna? ¿de qué vivía allí?

El burgomaestre se encogió de hombros, llenó nuestros vasos y me respondió:

— A tu salud, querido primo.

— A la vuestra.

Permanecimos algunos instantes silenciosos.

Me era imposible admitir el brusco fin de la aventura... y á pesar mio, pensaba yo con melancolía en el triste fin de ciertos hombres que aparecen y desaparecen en este mundo, como la yerba de los campos, sin dejar la menor memoria ni el menor sentimiento.

— ¿Cuánto puede haber de aquí á las ruinas de Geierstein? le pregunté.

— Veinte minutos... ¿porqué?

— Porque quisiera verlas.

— Ya sabes que hoy tenemos reunion de ayuntamiento, y no me es posible acompañarte.

— Yo las encontraré solo.

— No, el guarda te enseñará el camino; no tiene otra cosa que hacer.

Y mi buen primo llamó á su criada y la dijo:

— Hatel, anda á buscar al guarda y que se despache, porque son las dos y tengo que salir.

La criada salió, y en breve llegó el guarda campestre que recibió la orden de acompañarme á las ruinas.

En tanto que el burgomaestre se dirigía gravemente hacia la sala del consejo municipal, nosotros subiamos ya la cuesta.

Hans Gerner me indicaba con la mano los vestigios del acueducto. En aquel momento los picos de la montaña, las azuladas vistas del Hundsruock, los tristes muros decrepitos, el sonido de la campana de Hirschwiller llamando al concejo, el guarda jadeante agarrándose á los matorrales... tomaban á mis ojos un color triste y severo de que no habría podido darme cuenta: era la historia de aquel pobre ahorcado que se pintaba en el horizonte.

La escalera de la cisterna me pareció muy curiosa. Las zarzas erizadas en las hendiduras de cada escalon, el aspecto desierto de las cercanías, todo se armonizaba con mi tristeza. Bajamos, y en breve el punto luminoso de la abertura que parecia estrecharse mas y mas, como si tomara la forma de una estrella con rayos curvos, fué la única luz que tuvimos.

Cuando llegamos al fondo de la cisterna, presentaban un aspecto soberbio todos aquellos escalones alumbrados por debajo, y cuyas sombras se destacaban con regularidad maravillosa.

Entonces oí el zumbido de que me había hablado Petrus: la inmensa concha de granito tenía tantos ecos como piedras.

— ¿Desde la muerte del hombrecillo nadie ha bajado aquí? pregunté al guarda.

— Nadie; los aldeanos tienen miedo... se figuran que vuelve el ahorcado.

— ¿Y vos?

— Yo... no soy curioso.

— Pero el juez de paz creo que tenía el deber...

— ¿Qué había de hacer en la Oreja de la lechuza?

— ¿Llaman á esto la Oreja de la lechuza?

— Sí, señor.

— Su forma así parece, dije yo alzando los ojos; ahí está la causa del murmullo que oímos... estamos en el fondo de una oreja colosal.

— Puede ser, dijo el guarda con indiferencia.

Estábamos subiendo ya los primeros escalones cuando sentí alguna cosa que se quebraba bajo mis piés... me bajé á ver lo que era, y distinguí al mismo tiempo un papel desgarrado... En cuanto al cuerpo duro que se había roto, era una especie de puchero.

— ¡Oh! exclamé; esto podrá aclarar la historia del burgomaestre.

Y sali detrás del guarda.

— ¿A dónde quereis ir ahora? me dijo este.

— Ante todo descansenos un poco... y veremos despues.

Y tomé asiento en una piedra, mientras el guarda echaba ojeadas en todo el contorno para ver si había ladrones en las huertas.

Yo examiné la vasija, de la que solo quedaba un pedazo que tenía la forma de un embudo forrado de plomón en su interior... no pude adivinar su uso.

Despues leí el fragmento de carta que tenía una letra muy inteligible: le copio aquí textualmente. Parecía ser continuación de otro plieguecillo de papel que en vano busqué por las ruinas.

« Mi trompetilla *miracástica* presenta la doble ventaja de multiplicar al infinito la intensidad de los sonidos, y de poder introducirse en el oído sin incomodar al observador. No podríais creer, mi querido maestro, cuán grande es el placer que se experimenta percibiendo esos mil ruidos imperceptibles que se confunden en los días de verano en un zumbido inmenso.... La abeja tiene su canto como el ruiseñor...

» Este descubrimiento, bajo el punto de vista del sentimiento que nos hace vivir con la vida universal, pasa en importancia á todo cuanto yo pudiera decir.

» Despues de tantos sufrimientos, tantas privaciones y enojos, ¡qué dicha es recoger al fin el premio de nuestros trabajos! ¡Con qué ímpetu el alma se eleva hacia el divino Autor de esos mundos microscópicos cuya magnificencia nos ha sido revelada!... ¿Qué son entonces esas largas horas de la angustia, del hambre y del desprecio que nos agobiaban antes? Nada, no son nada... Lágrimas de gratitud caen de nuestros ojos... Está uno orgulloso de haber comprado con sus padecimientos nuevas alegrías para la humanidad, y por haber contribuido á su moralización. Pero por vastos y admirables que sean estos primeros resultados de mi trompetilla *micracústica*, no se limitan á ellos solos sus ventajas, sino que hay otras mas positivas, mas materiales en cierto modo, y que se resuelven en cifras.

» Así como el telescopio nos hace descubrir miríadas de mundos consumando sus armoniosas revoluciones en el infinito... así mi trompetilla *micracústica* extiende el sonido del oído mas allá de los límites de lo posible. Por eso, señor mio, no me detendré en la circulación de la sangre y de los humores en los cuerpos animados; los ois correr con el ímpetu de las cataratas; los percibis con una claridad que os asusta; la menor irregularidad en el pulso, el mas ligero obstáculo os hiere y os produce el efecto de una roca contra la cual se estrellan las ondas de un torrente.

» Es sin duda una conquista inmensa para el desarrollo de nuestros conocimientos fisiológicos y patológicos; pero no insisto yo acerca de este punto. Aplicando el oído á la tierra, se oyen surgir las aguas termales á profundidades inconmensurables... se puede juzgar el volumen, las corrientes, los obstáculos!...

» ¿Queréis ir mas lejos? Bajad á una bóveda subterránea cuya capacidad baste para recoger una cantidad considerable de sonidos; entonces, de noche, cuando todo duerme, cuando nada turba los ruidos interiores de nuestro globo... ¡escuchad!...

» Todo lo que puedo deciros en este momento, pues en medio de mi profunda miseria, de mis privaciones y á veces de mi desesperacion, me quedan pocos instantes lúcidos para recoger observaciones geológicas; todo lo que puedo afirmar es que el hervidero de las lavas incandescentes, la explosión de las sustancias en ebullicion, es algo de espantoso y de sublime que solo puede compararse con la impresion del astrónomo sondeando con su antejo las profundidades sin límite del espacio.

» No obstante, debo confesaros que estas impresiones necesitan todavia estudiarse y ser clasificadas en un órden metódico para que produzcan conclusiones ciertas. Por eso, mi querido y digno maestro, así que os hayais dignado enviarme á Neustadt la corta suma que os he pedido para cubrir mis primeras necesidades, trataremos de entendernos á fin de establecer tres grandes observatorios subterráneos, el uno en el valle de Catania, el otro en Islandia y el tercero en uno de los valles de Capae-Uren, de Songay ó de Cayembé-Uren, los mas profundos de las Cordilleras, y por consiguiente...»

Aquí se concluía el fragmento de carta.

Me quedé estupefacto. ¿Había leído las concepciones de un loco ó las inspiraciones realizadas ya de un hombre de genio?

¿Qué decir? ¿Qué pensar? Con que aquel hombre... aquel miserable que vivía en una guarida como un zorro... muriéndose de hambre... ¿había sido quizá uno de esos elegidos que Dios envía á la tierra para ilustrar á las generaciones futuras?

¡Y aquel hombre se había ahorcado de hastío, de desesperacion!

¡No habian respondido á su súplica cuando no pedia mas que un pedazo de pan en cambio de su descubrimiento!

¡Era horroroso!

Mucho tiempo, mucho, me quedé allí, meditando... dando gracias al cielo porque habia limitado mi inteligencia á los cuidados vulgares de la vida... porque no habia querido hacer de mí un hombre superior al comun de los mártires...

Por fin, el guarda campestre viéndome con los ojos fijos y la boca abierta, se aventuró á tocarme en el hombro diciéndome:

— Mirad que se hace tarde... El señor burgomaestre debe estar de vuelta.

— ¡Ah! es verdad, exclamé yo arrugando el papel; vamos.

Y bajamos la cuesta.

Mi digno primo me recibió con el semblante risueño en el umbral de su casa.

— Y bien, Christian, ¿no has encontrado nada de aquel imbécil que se colgó?

— Nada.

— Ya lo ereo.... era sin duda un loco escapado de Stefansfelds ó de otra parte... hizo bien en echarse la sogá... cuando uno no sirve para nada, no hay nada mejor.

Yo me marché al otro dia de Hirschwiller, y no volveré nunca á semejante pueblo.

FIN DE LA OREJA DE LA LECHUZA.

La metamorfosis.

Ignoro en qué año fué; pero estoy cierto
De que entonces no habia
En España un kilómetro siquiera
De lo que hoy llamamos férrea-via:
Cada camino diz que parecia
Un árido desierto;
Y gracias que el viajero, fatigado
De andar á pié, ó en mula, ó en mal coche,
Encontrase una venta en despoblado
Donde pasar la noche.

Una de estas (por cierto que soplabá
Sutil, desagradable remusguillo)
Un rico mayorazgo que viajaba
A las puertas llegó de un ventorrillo.

Era un hombre sencillo,
De inteligencia roma
Y un tanto comodón y perezoso.
El ventero oficioso
Le salió á recibir montera en mano;
Y el señor muy ufano
Cena y cuarto pidióle presuroso.
La cena no la habia;
Pero en cambio la venta no tenia
Mas que un cuarto y un lecho muy mediano,
Que ocupados estaban de antemano.

Aquí de los apuros:
— Te daré cuatro duros,
El mayorazgo exclama,
Si me das ese cuarto y esa cama.
— ¡Imposible! respóndele el ventero;
Un negro, que de América ha venido
Bien provisto de sendos patacones,
Buena paga y propina me ha ofrecido;
Y yo soy caballero en ocasiones.
— Pues el mal está hecho,
Replicó el mayorazgo contrariado,
Anda y dile á ese negro endemoniado,
Que me ceda una parte de su lecho.

Fué el ventero y volvió con el permiso;
El mayorazgo encarga á su sirviente
Que le llame tan presto
Como asome la aurora por Oriente,
Y que todo lo tenga bien dispuesto
Para ponerse en marcha prontamente.
El ventero le guia;
Le deja un candelero
Que un residuo de vela contenia,
Y se marcha ligero.
Entonces el viajero
Ve con pavor al negro, que dormido
El trueno remedaba
De horrible tempestad con su ronquido.
Duda, vacila; mas la luz se acaba
Y es fuerza decidirse
Entre echarse á dormir ó no dormirse.

Al fin el sueño á su temor domina
Y echarse determina;
Mas como el pobre ha tiempo que padece
Herpética erupcion, y ahora le escuece
El rostro con el polvo del camino,
Cierta pomada ó crema que previno
Rebusca en su maleta;
Saca un bote, se unta
Con rapidez é inteligencia rara
Para evitar dolor y malos ratos,
Y el simple no barrunta
Que se ha untado la cara
Con el negro betun de sus zapatos.

No bien la aurora abrió sus celosias
«Vertiendo aljofaradas perlesias,»
Fiel el criado dió la voz de alerta;
El señor azorado se despierta,
Se envuelve en una manta,
Se tira luego al suelo.
Deja la alcoba, y encontrando al paso
Un espejo, se mira; oh desconsuelo!
¡Oh novedad del caso!
El no es él; su megilla no arrebola
Un resto de carmin; su estrecha frente
Negra está y reluciente
Como si fuese natural de Angola.

Preciso es meditar, medir atento
La extension de tan fiera desventura;
Pensativo un momento
Se queda; mas de pronto
Con magistral acento,
— Ya di en el *quid*, ya sé lo que ha pasado,
Muy satisfecho exclama;

Es que al negro ha llamado
El bárbaro criado
Y no me llama á mí; ¡vaya un descuido!
¡Estúpido! mañana le despido.
Dijo, se fué á la cama
Y acto continuo se quedó dormido.

Este cuento hace poco me contaron;
No sé si me engañaron;
Mas él, lector, enseña
Que si un tonto se empeña
En llevar sus absurdos adelante,
No hay lógica, criterio ni razones
Que puedan contrariar un solo instante
Sus necias y menguadas decisiones.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

Aniversario

DEL ADVENIMIENTO DEL REY DE LOS BELGAS.

Bruselas 31 de julio.

La Bélgica acaba de gritar; *viva el rey!* En esta clase de fiestas, la improvisacion, la violencia y el desórden son las cosas que mas conmueven. Para que el entusiasmo se comunique á todo el mundo, es preciso que nadie le dirija, que no ofrezca ningun arreglo, que no llegue á la hora fijada precisamente. Todas las fiestas de ayer en Bruselas están en esa ausencia de organizacion, en ese movimiento espontáneo, en esa unanimidad de aclamaciones con que fué saludado el rey. Habia una revista, un banquete, fuegos artificiales, en fin, todos los artículos de las solemnidades ordinarias; pero todo eso no fué mas que el pretexto de la verdadera fiesta.

Es hermoso sin duda presenciar el desfile de veinte mil hombres marchando en el mejor órden; pero yo prefiero á esa precision rigorosa y á ese triunfo de la disciplina los movimientos enormes del pueblo, y el desórden y la vivacidad que en ellos manifiesta. El gran espectáculo no le daban esos batallones, sino el pueblo que se precipitaba sobre las huellas del rey con aclamaciones inmensas.

La Bélgica agradecida al rey Leopoldo por los treinta años de prosperidad á que ha contribuido tan poderosamente, ha querido demostrar su reconocimiento. — ¿Qué mas puedo decir? El desfile que siguió á la revista y del cual dará una idea el adjunto dibujo, fué magnífico. En la revista hubo un episodio bastante original y que produjo un buen efecto; cual fué el desfile de todos los obreros de Bruselas que habian querido asociarse á las manifestaciones del ejército y de la guardia civil, que tambien querian dar una prueba de órden y de patriotismo.

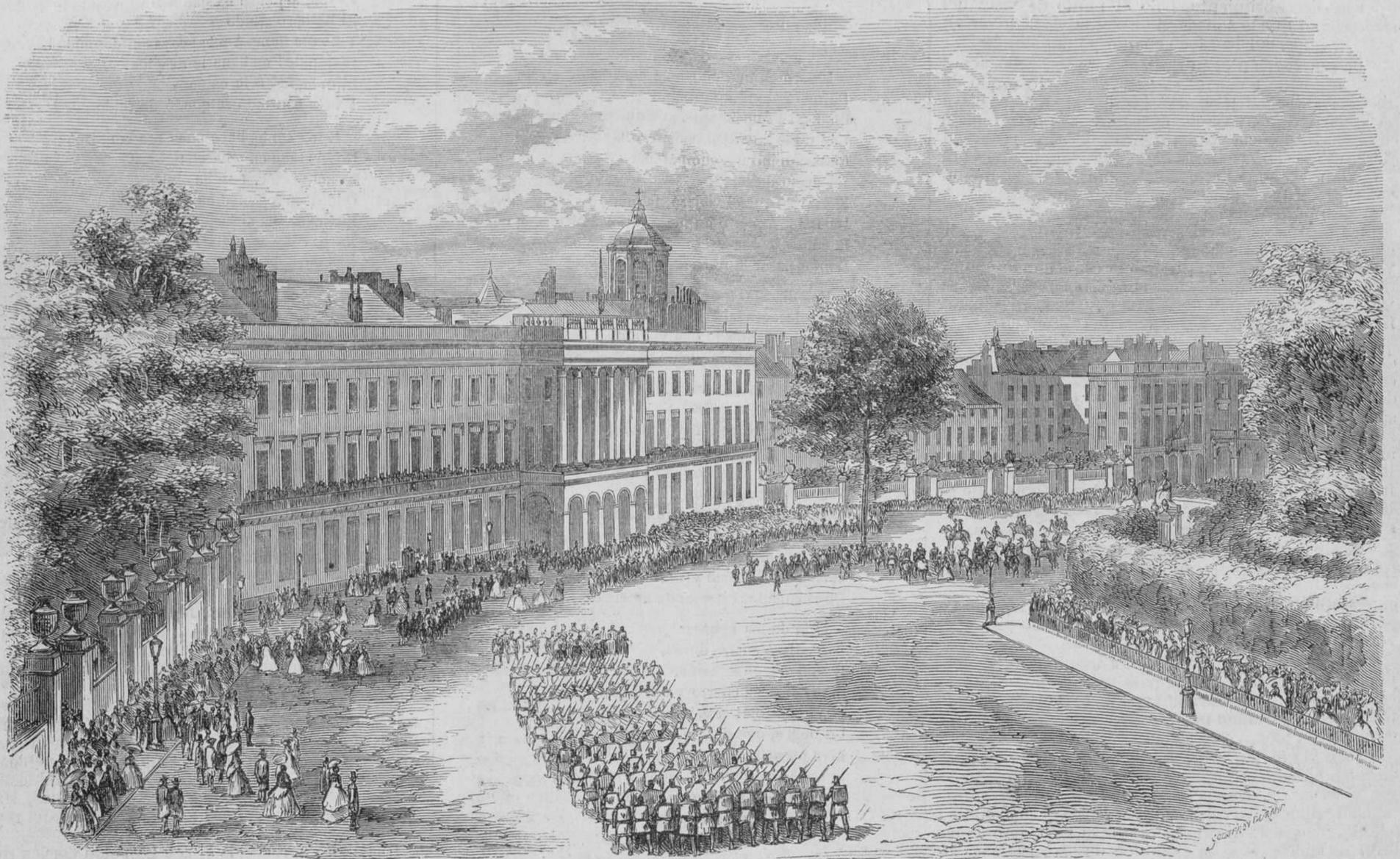
El banquete ofrecido por todos los consejos provinciales del reino era una novedad. Los consejos provinciales son la manifestacion mas directa de los colegios electorales: son delegados de la poblacion, mas bien que miembros de la cámara de los representantes. Por consiguiente, era en cierto modo un banquete ofrecido al rey por la nacion entera, representada por quinientas personas. Esta imponente solemnidad tuvo lugar en el palacio de Bellas Artes, que se habia dispuesto con el mejor gusto. — La decoracion de la sala, la lista de los platos que se sacaron á la mesa, todo esto entra en las tradiciones que no cambian jamás; la única que pareció nueva, fué el entusiasmo con que se recibió al rey. Las fiestas de Bélgica pueden reasumirse en este grito: *viva el rey Leopoldo!* Repito que la revista, el banquete, las recepciones y la serenata, todo eso no fué mas que un pretexto. — G. F.

Desposorios de la hija del shah de Persia. — La fiesta del Noruz.

El lunes 11 de mayo se han celebrado en Teheran los desposorios de la hija del shah de Persia, de edad de quince años, con el hijo del ministro de la guerra (Seph-Sabar), que apenas ha cumplido los catorce. El autor de nuestro dibujo escribe que ha asistido á la ceremonia, y que ha podido ver todos sus pormenores á pesar de su cuidado constante en evitar los palos en la cara, único instrumento de policia que reina soberanamente en ese dichoso pais.

En medio de un jardín espléndidamente provisto de rosas colocadas en compartimientos longitudinales de un aspecto regular que no varia en los jardines persas, se alza una gran habitacion aislada de los muros que son muy altos. Diríase una fachada de teatro flanqueada de torrecillas, todo ello en un espacioso piso bajo sostenido por columnas delgadas. Esta construccion es de una ligereza suma. Torrecillas y cuerpo de casa parecen estar hechos de montones de vidrios de colores.

«Nos hicieron dar una vuelta, dice nuestro corresponsal que está agregado á la mision militar francesa de Persia, en torno de un estanque largo y estrecho perpendicular á la casa, por un lado á los generales persas y á nosotros por el otro. Yo tenia delante de mí unos bailarines horribles con traje de mujer, que se entregaban á las contorsiones mas extravagantes; y al extremo del estanque estaban las músicas de los regimientos, si es que merece el nombre de música un compuesto de tambores, pitos y trompetas que toca los aires mas disonantes. Allí permanecimos hasta que la



CELEBRACION DEL VIGESIMONONO ANIVERSARIO DEL ADVENIMIENTO DEL REY DE LOS BELGAS EN BRUSELAS.

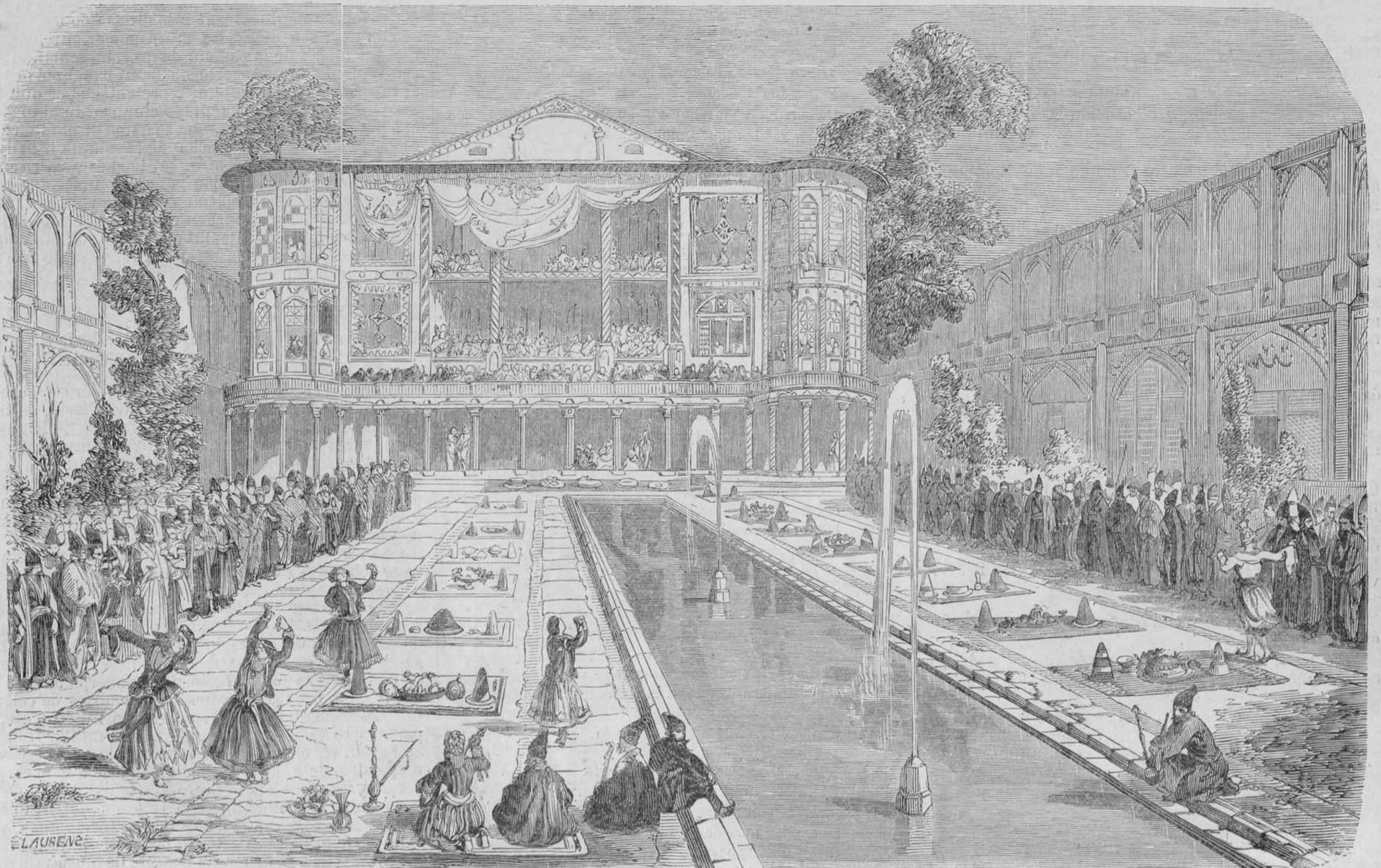
procesion de los regalos hechos por el novio hubo desfilado á lo largo del estanque.

En los balcones del pabellon centenares de mujeres vestidas de blanco y arrodilladas lanzaban flechas de sus ojos rasgados. Sin embargo, ¡ay de aquella que separando un poco su velo dejase ver la punta de su na-

riz; al punto seria castigada con el palo del eunuco vigilante.»

Esta brillante ceremonia duró cuatro horas, y en ellas se hicieron prodigalidades á la muchedumbre; distribuyeron entre la gente unas cuantas monedas y muchos palos.

— Hablemos ahora de la fiesta del Noruz, que es la mas grande de todas las que hay en la Persia.— Tiene lugar el dia del equinoccio de la primavera; el año oficial principia en el momento en que el sol encuentra la línea equinoccial, lo que en 1860 acaeció el 20 de marzo á las 6, 10^m y 29^s despues de la salida del sol.



DESPOSORIOS DE LA HIJA DEL SHAH DE PERSIA CON EL HIJO DE SEPH-SABAR, MINISTRO DE LA GUERRA.



سردار احمد خان

SARDAR AHMED-KHAN, REY DE HERAT.

ciones de gracias tienen lugar en un pequeño kiosco situado en uno de los jardines del palacio donde están reunidos los empleados de la corte, los príncipes y los generales. El shah se arrodilla cerca de una ventana abierta, teniendo en su derredor á los molahs y los altos dignatarios de la corte. Delante del soberano hay grandes bandejas llenas de monedas de oro y de plata que él distribuye primero entre los molahs y los príncipes que le rodean, y luego entre los asistentes que se acercan á saludarle.

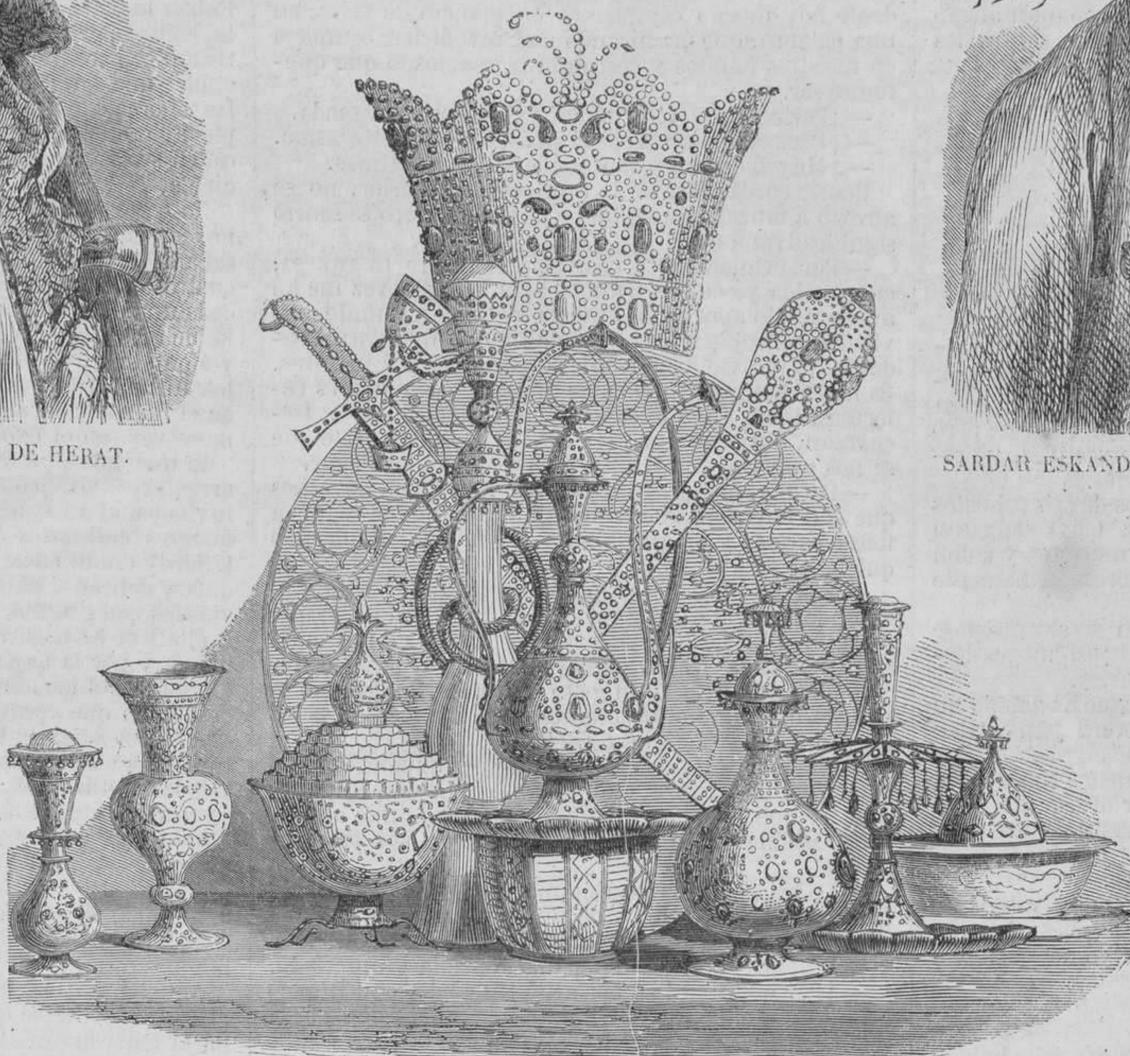
En la otra mañana la fiesta toma un carácter público; el rey recibe á los ministros extranjeros residentes en Teheran. S. M. viste una túnica de terciopelo encarna-



سکندر خان

سردار

SARDAR ESKANDER-KHAN, HIJO DE AHMED-KHAN.



ALHAJAS DE LA CORONA DE PERSIA.

Esta fiesta que viene de los güebros es la única ceremonia que se ha conservado de los adoradores del fuego.

El día del Noruz un crecido número de señores y de dignatarios se reúnen en Teheran para saludar al rey y ofrecerle presentes. Los gobernadores de las provincias rivalizan para enviar los regalos mas preciosos y las sumas mas crecidas de tomanes (el toman vale unos dos pesos), de cuyo modo se efectua el pago de la mayor parte de las contribuciones.

En esa época del año la cosecha indica ya sus productos, y el rey está pronto á dar gracias á Dios en el momento señalado por su astrólogo y anunciado á la capital por el cañon. Estas ac-

do bordado de perlas, una esclavina de cachemira y un gran manto de brocado de oro; en la cabeza lleva un gorro con una plumita de diamantes; el cinturon de su sable adornado de diamantes, tiene por placa el Deriae-Nur (mar de luz), diamante liso que es la joya principal de la corona de Persia; en tiempo de Nadir-Shah el Kuhe-Nur (montaña de luz) le acompañaba.

Terminada la recepcion, el rey pasa al salon del trono que da á un jardin donde están todos los oficiales, los dignatarios, los huéspedes del rey y los elefantes, cuyas cabezas y trompas están pintadas con anchas bandas de color amarillo y encarnado. Los príncipes por-



EL NORUZ, CEREMONIA EQUINOCCIAL EN PERSIA.

tadores de las armas del shah rodean el trono cerca del cual están agrupadas las principales alhajas de la corona. Después de una oración del molah y una oda recitada por el poeta oficial, los príncipes y los dignatarios distribuyen la moneda menuda, en tanto que los servidores reparten sorbetes sacados de vasijas de oro.

Después principian en la plaza del Palacio los juegos, las luchas, el desfile de animales, etc., espectáculos a los que asiste el rey desde lo alto de una ventana arrojando monedillas de oro a los vencedores, a los músicos y a los jugadores.

Entre los huéspedes ilustres del shah se distinguan este año en la fiesta de Noruz, el sardar sultan Ahmed-Khan, rey de Herat y Eskander-Khan, uno de sus hijos. El shah que considera a Ahmed-Khan como un aliado muy útil en la guerra actual de los persas contra los turcomanos, recibió perfectamente e hizo hermosos regalos a este personaje y a su hijo. D.

Estudios de costumbres.

TRES ERAN TRES LAS HIJAS DE ELENA.

(Continuación.)

Por fortuna, los que debían bailar la polka con Clotilde y Adela no se atrevieron a dirigirles reclamación alguna al verlas faltar a su sagrado compromiso; pero se vengaron primero con venenosas invectivas, y después tomándose cada uno cinco sorbetes.

Cuando el refresco apareció en brazos de seis robustos gallegos y en descomunales bandejas, todos lanzaron un grito de alegría, y bendijeron al marqués y a don Luis, a quienes habían maldecido cordialísimamente antes.

Durante media hora no hubo quien no se entregase al placer de mascar y beber. Después, ¡estómagos desagraciados! comenzaron los comentarios.

— ¡Aduladores! exclamaba uno. Porque ha venido un marqués, que probablemente no volverá jamás, han echado la casa por la ventana.

— Nosotros, decía otro, somos tan buenos como ellos, y nunca les hemos merecido el menor obsequio.

— ¡Sí, sí; obsequios! añadía una madre de tres hijas incasables. Tres pares de zapatos que mis niñas rompen cada noche en sus pícaros ladrillos.

— ¡Si esto se entona tanto, repuso otra mamá no menos desgraciada que la anterior, después de haber apurado un segundo quesito helado, yo no volveré a poner los pies aquí.

— ¡Ni yo!...

— ¡Ni yo!

Dijeron en coro otras cuantas cotorronas que se habían atiforrado bien de dulces y de bizcochos.

Lo cuál prueba una vez más, lectores míos, que la humanidad es sobre manera ingrata.

Aquel baile, que le había valido a doña Elena tantas y tan acerbas críticas, le costó, no obstante, el doble de todos los que anteriormente diera por espacio de un año.

¡Pero cual fue su satisfacción al leer después en un periódico de literatura a que estaba suscrita, un párrafo concebido en estos ó semejantes términos:

« El jueves estuvo brillantísima la sociedad de la señora de Castroverde: concurrían las lindas señoritas de... y de... (Y citaba precisamente a las más feas.) Entre los hombres figuraban el marqués de Monte-Blanco, el rico banquero don Luis de Figueroa, y otros personajes notables. Durante la fiesta se sirvieron con profusión helados, dulces y bizcochos. »

IV.

REFORMA DE UNA CONSTITUCION... DOMÉSTICA.

A la mañana siguiente de aquella noche que debía ejercer tanta influencia sobre los destinos de la familia de don Ruperto Castroverde, a la hora del almuerzo pidió y obtuvo la palabra la soberbia Clotilde:

— Mamá, dijo con énfasis y solemnidad volviéndose hacia doña Elena, ha llegado el momento de que, arancándonos del mezquino círculo en que hemos vegetado hasta aquí, nos preparemos para otra existencia más brillante y más próspera. A tu natural penetración no se le habrá ocultado, mamá mía, que nos hallamos abocadas a un acontecimiento de la mayor importancia para todos. Así, el deber común es prepararlo y facilitarlo, a fin de que su éxito sea próximo y lisonjero. Necesario será hacer sacrificios; mas ¿qué importa, si ellos aseguran nuestra ventura y nuestro porvenir?

Debemos advertir al lector que para hacer este alarde de elocuencia oratoria, Clotilde se había inspirado en un tomo de las Sesiones de Cortes de 1823, que formaba parte de la exigua biblioteca de su padre.

Al escucharla, doña Elena le dirigió una mirada de admiración y de orgullo, que quería decir:

— ¡Es hija mía!

Adela hizo un gesto aprobatorio; don Ruperto volvió la cabeza hacia su mujer para arreglar su fisonomía a la suya, como se arreglan dos relojes disordés; Rosa fué la única que rompiendo la armonía del conjunto, soltó una sonora y casi maligna carcajada.

— Hermana, exclamó alegremente, has hablado como uno de aquellos señores a quienes fuimos a oír un día, y que se llamaban diputados.

Clotilde se mordió los labios, porque en la salida de la inocente niña le pareció adivinar una acusación encubierta de plagio.

— Silencio, Rosa, dijo su madre con acritud. No se trata ahora de bromas, sino de asuntos serios y formales. ¿No es verdad, Ruperto?

— De asuntos serios y formales; repitió como un loro el pobre hombre, muy satisfecho de que su consorte invocase su asentimiento, que para nada necesitaba, la verdad sea dicha.

— Así, papás queridos, continuó Clotilde, animada por el resultado de su exordio, es indispensable que desde hoy mismo cambiemos de manera de vivir; en una palabra, que practicando una revolución completa en nuestros hábitos y costumbres, seamos lo que queremos ser.

— ¡Perfectamente! gritó doña Elena entusiasmada.

— ¡Perfectamente! repitió su esposo con entusiasmo.

— ¡Muy bien! exclamó Adela batiendo palmas.

Rosa, acordándose de la reprimenda anterior, no se atrevió a lanzar una segunda carcajada, pero se sonrió significativamente.

— Por primera vez, prosiguió la futura marquesa; envanece ya de sus triunfos; por primera vez me he avergonzado anoche de nuestra modesta y humilde vivienda, sonrojándome al propio tiempo al hallarme rodeada de individuos tan inferiores a ellos y a nosotras. Es menester pues introducir prontas y saludables reformas, tanto en la casa como en las gentes que la frecuentan, haciendo que todo sea digno de la suerte que se nos prepara y de la altura a que podemos llegar.

— Porque, mamá, interrumpió Adela, tú no sabes que don Luis de Figueroa es el mismo que me seguía a todas partes, y al que yo no hacía caso, ignorando quién era.

— Y el marqués de Campo-Blanco, agregó Clotilde irguiéndose como una palmera, es también el joven que durante el invierno estaba fijo en la misa de nueve en San Cayetano, y venía siempre hasta casa detrás de mí.

Doña Elena exhaló un grito de júbilo, y dejando la chuleta que tenía entre dientes, vino a comerse a besos a sus dos hijas Clotilde y Adela.

Cuando se hubo apaciguado un poco aquella ruidosa expansión de ternura, en que tomó parte don Ruperto, y de la que se excluyó Rosa, la cual continuó almorzando pacíficamente, Clotilde formuló así sus proposiciones.

— Lo primero que necesitamos es buscar otra habitación mejor que esta, y en un sitio más céntrico.

— ¡Aprobado! dijo la complaciente mamá.

— Después debemos tomar una doncella y un criado.

— ¡Por supuesto! se permitió responder don Ruperto, interpretando un movimiento de cabeza de su cara mitad.

— Es indispensable que no quede ni un solo trasto de los que tenemos actualmente; esto es, que amueblemos la casa de nuevo.

— ¡Claro está! repuso Adela.

— Además, continuó Clotilde, necesito con urgencia un maestro de francés... Anoche el marqués de Campo-Blanco me dirigió dos ó tres galanterías en ese idioma; yo no las entendí, y solo contesté con una profunda reverencia.

— Yo necesito una buena modista, añadió Adela; porque don Luis de Figueroa me dijo que a sus hermanas les traen los vestidos de París.

— En cuanto a mí, dijo Rosa, yo no necesito nada más que mi maestro de música.

Y hablando así, la linda niña se puso en pie, corrió al piano, y comenzó a cantar una romanza italiana.

— Mamá, también tenemos que reemplazar ese cascajo, gritó Clotilde señalando al vetusto instrumento.

Acordáronse luego en pleno consejo de familia otras varias medidas importantes: suspender las reuniones hasta que se efectuase la mudanza, y se reorganizara la sociedad haciendo en ella numerosas exclusiones; en fin, se determinó que el domingo próximo fuese don Ruperto de gran ceremonia, de frac negro y corbata blanca, a visitar al marqués y a don Luis, y a rogarles que les acompañaran a comer el miércoles inmediato.

Después, cada uno echó por su lado en busca de la deseada nueva habitación, y aquella misma tarde don Ruperto, moderno Colón madrileño, descubrió una en la calle de la Cruz, que no tenía sino una falta: la de costar 12,000 rs. al año. Entre este precio y el de 3,000, que pagaba la familia por su modesto cuarto, había un abismo. ¡Pero bah! Los abismos se salvan cuando hay voluntad y aliento; y a la mañana siguiente doña Rosa tomaba posesión de un piso principal más elegante que cómodo, más bonito que desahogado, el cual tenía dos circunstancias muy esenciales para ella; gran sala y gran comedor. ¿Qué importaba lo restante?

V.

REVOLUCION COMPLETA.

Los días intermedios hasta el miércoles se emplearon en vender los muebles antiguos y en comprar otros; en hacer encargos al tapicero y a la modista; en escribir al administrador de Lebrija que tomase dinero a préstamo sobre los pobres olivares de don Ruperto.

¡Pero qué cambio, qué metamorfosis se operó en

aquel, en su familia y en su morada! Esta se amuebló y decoró con lujo si no con buen gusto. Formando contraste con los pelados y viejos ladrillos de la calle de la Encomienda, el pavimento de la nueva casa apareció cubierto de excelente estera fina en unas partes y de encerado inglés en otras; los balcones de la sala y del gabinete ostentaron blancas cortinas de muselina bordada, y anchos volantes ó guardamalletas de damasco, con soberbias cordoaduras; las derrengadas sillerías de paja se sustituyeron con otras de terciopelo de Utrecht y de brocatel; colgáronse de los techos bellas lámparas y arañas, y de las paredes magníficos espejos; doradas y mullidas camas sirvieron para el descanso de Castroverde y su prole; pusieronse en el comedor una mesa elástica, un aparador de caoba, un chinero en que brillaban la plata y la cristalería, y lindos sillones de guttapercha; por último, la humilde criada de 40 rs. se reemplazó con una cocinera, a la cual se le pagaba el doble; una hábil doncella fué llamada al servicio de las señoras con un salario no menos considerable, completando el personal doméstico un criado jovencito, a quien se disfrazó con una especie de librea bastante ridícula.

No pararon aquí las reformas: don Ruperto vió renovado enteramente su guardarropa, cosa que no le pasaba hacia diez años; doña Elena mandó hacer para ella cuatro preciosos trajes a la célebre Honorine, y dos para cada una de sus hijas; compráronse manteletas y chalets de mas ó menos lujo en los almacenes de Bruguera y Montalban, y pulseras y dijes en el de los saboyanos; por último, tanto la madre como las hijas, renegando de la mantilla española, cubrieron sus cabezas por primera vez con el exótico sombrero.

El miércoles, aunque la casa no estaba « acabada de arreglar, » verificóse el banquete al cual habían sido invitados el marqués y don Luis. Desconfiando de los talentos culinarios de la nueva cocinera, el fondista L'Hardy era el encargado de la comida, que fué espléndida y delicada, habiéndole hecho los honores los convidados con singular apetito. El grande de España y el capitalista se mostraron muy expresivos con las dos niñas, y por la noche hubo un pequeño concierto, en el que Rosa hizo alarde de sus excelentes facultades y de lo bien que aprovechaba las lecciones de su maestro don Carlos Salazar. En una palabra, las cosas marcharon tan a gusto de todos, que al encontrarse después sola la familia, doña Rosa se precipitó en los brazos de su marido, quien derramó un torrente de lágrimas, y Clotilde y Adela se abrazaron también con no menos ternura.

— ¡Nuestra hija será marquesa! dijo la buena madre al oído de su angelical esposo.

— ¡Nuestra hija será marquesa! repitió el pobre hombre sollozando.

Aquella misma noche, Adela, que cual muchacha previsora no había querido romper con el poeta Arturo hasta tener alguna seguridad de la pasión que inspirara al banquero, escribió un billete al melancólico vate anunciándole en el estilo más prosaico del mundo que sus relaciones habían terminado. Arturo, que al recibirlo se hallaba componiendo un ditirambo a su amada, cambió de idea y compuso una doliente y tristísima elegía.

Rosa fué la única que no tomó parte en la satisfacción general, acogiendo por el contrario con su acostumbrada risita burlona los patéticos extremos de sus padres y hermanas. El demonio del orgullo y del lujo, que se había posesionado de estas, intentó en balde llegar hasta ella: su corazón no palpaba sino por la música y para la música... Pero ¿no había en su ferviente culto al arte algo que la atraía hacia el que la descubriría sus secretos? ¿No empezaba Rosa a interesarse por su profesor, que no tenía nada de repugnante en su figura, y que contaba solo veinte y ocho años?

VI.

UN BAILE DE GRAN TONO.

Fijóse el primer jueves del mes de setiembre para la inauguración de las fiestas en casa de Castroverde, y antes doña Elena, Clotilde y Adela, asesorándose con la brigandera viuda, formaron la lista de convite, haciendo numerosas eliminaciones de sus antiguos amigos y conocidos. Obedeciendo a un consejo acertado y prudente, se determinó dar a un tiempo parte de la nueva casa ó invitar para la primera *soirée*. Así, después de vacilar entre diferentes modelos de papeletas, se eligió este que llenó las exigencias de todos:

« Don Ruperto Castroverde y señora tienen el honor de ofrecer a Vd. su nueva habitación, calle de la Cruz, número 7, cuarto principal, y de manifestarle que reciben los jueves. — *On dansera.* »

De la gente que asistía a la calle de la Encomienda, apenas se contaban veinte personas entre los convidados; pero a pesar de su ruptura con Adela se incluyó en el número a su ex-amante el poetilla, por haberse descubierto que él había sido el autor del párrafo periodístico que tanto lisonjeó la vanidad de doña Elena, y porque se podían esperar otros servicios análogos todavía de él. Inútil es decir que se convidó a los vecinos, acaso porque eran una condesa viuda, un general padre de tres hijas, y un ex-ministro. En fin, siempre atendiendo a las sugerencias de la ninfa Egeria de la familia, la susodicha brigandera, se enviaron tarjetas al cuerpo diplomático extranjero y a la mayor parte de las

notabilidades de Madrid. Ciertamente que no cabría en el salón ni en el gabinete ni la mitad de la concurrencia; pero ¿qué importaba esto? Lo esencial era que el marqués y el banquero encontrasen mucha gente conocida, haciéndoles olvidar de este modo la sociedad poco elegante y menos escogida de la calle de la Encarnación.

L'Hardy se encargó del *buffet*, y Cotte de los helados: media docena de criados muy bien vestidos estaban en la antesala y en el comedor para recoger los abrigos y servir á los concurrentes; encendiéronse las bugias de las arañas y candelabros; colocáronse magníficos ramos de flores en todas partes, macetas en la escalera, y en fin, se trajeron dos violines para acompañar al nuevo y excelente piano de Erard.

Al empezar este primer baile, don Ruperto, que dos meses antes poseía mil duros de renta, la había reducido ya á 12,000 rs. Y bien mirado, ¿no valía eso la satisfacción de casar á su hija primogénita con el marqués de Campo-Blanco, y la de recibir y obsequiar á lo mas ilustre y distinguido de la corte?

Pero es el caso que lo mas ilustre y distinguido de la corte no asistió á aquella fiesta tan magnífica y tan costosa.

— ¿Quién es este Castroverde que tiene la impertinencia de convidarnos? se preguntaban los personajes favorecidos con el convite.

— ¡Castroverde! ¡Castroverde! decía una duquesa arrollando entre sus dedos la papeleta de cartulina Bristol. ¡Yo tuve un criado de este apellido! ¡Será por ventura él el que se toma la libertad de convidarme?

— ¡Castroverde! ¡Castroverde! repetían los demás. Yo no conozco á semejante mentecato.

Por supuesto que ni uno solo de los veinte amigos no excluidos dejó de asistir al sarao: eran lo mas escogido del primitivo círculo de doña Elena; pero en cambio eran también los de peor lengua y de mejor diente. Así, como la ex-modista había cometido la inocentada de confiarles los nombres de las personas que esperaba, toda la noche la perseguieron con sus epigramas y sus indirectas.

— ¿No ha venido aun el duque de X.? — la preguntaban.

— ¿Cuándo aparece la marquesa de Z.? añadian á cada momento, gazándose en la turbación de doña Elena, que se enredaba en sus palabras como en su vestido de encaje, y que estuvo veinte veces para caer cuan larga era en mitad de la sala.

En cambio no faltaron ni la condesa, ni el general, ni el ex-ministro de la vecindad; pero formaron un grupo aparte, porque no conocían á ninguno de los demás concurrentes, y se retiraron temprano con el firme propósito de no volver otra vez á fastidiarse allí. Algunos extranjeros, por no saber qué hacer ó por curiosidad, estuvieron breves instantes, mas dió la desgraciada casualidad de que no hablando ni una palabra de castellano, tomaron pronto el portante mohinos y aburridos.

— Se conoce, exclamaba uno de ellos al marcharse, que todo el francés que sabe esta gente se reduce á lo que han escrito en sus papeletas: *On dansera*.

Y á fe que se equivocaban, porque la frase había sido escrita por la brigadiera, y los amos de la casa no comprendían siquiera su significación.

En suma, el baile estuvo frío, y nadie se divirtió á no ser Clotilde y Adela, que bailaron diferentes veces con el marqués y Figueroa, teniéndolos además toda la noche á su lado, y los que devoraron las abundantes y exquisitas provisiones de Cotte y de L'Hardy. Doña Elena atendió mucho y agasajó no poco al poeta; pero este, que no había digerido aun las calabazas de Adela, y que pudo convencerse aquella noche de su causa, en lugar del párrafo lisonjero que esperaba la familia, no escribió ninguno; y doña Elena se tuvo que contentar con repetirse á sí misma los elogios que esperaba leer en letras de molde.

— ¡Nuestro baile ha estado brillante, suntuoso, magnífico! Hemos tenido en él una condesa, un marqués, un general, un ex-ministro y un banquero. El ambigü (la palabra *buffet* no era conocida aun de la buena mujer), el ambigü ha sido espléndido y exquisito...

Y luego, en voz baja, y lanzando un profundo suspiro, añadía, como los apartes de las comedias:

— ¡Ocho mil reales nos ha costado la broma!

Pero cambiando de tono, se replicaba á sí misma con su volubilidad característica:

— ¡Bah! Pero esto es sembrar para recoger.

VII.

¡VIVA EL LUJO!

Con arreglo á este principio salvador, en lo sucesivo no se omitieron gastos, y Castroverde y su familia gozaron todas las delicias y comodidades de la opulencia. Tomóse un abono de tercer turno en un palco bajo del teatro de la Zarzuela, sin perjuicio de asistir á todas las funciones notables de los otros coliseos; continuaron las recepciones semanales de los jueves, si bien bajo un pie algo mas modesto que la primera; además, los domingos había gran comida, á la que asistían inevitablemente el marqués y don Luis; en verano se alquilaba á menudo una buena carretela para pasear en la Fuente Castellana, y se hacían expediciones á Valencia y á San Sebastian; por último, en la cuaresma se suspendían los bailes, aunque se reemplazaban con con-

ciertos, en los cuales Rosa ostentaba su talento artístico, que la colocaba ya al nivel de nuestras mejores cantatrices de salón, como la señora de Prendergast, las señoritas de Lanuza y de Cortina.

En tales ocasiones era únicamente cuando la linda niña brillaba en primer término; pues por lo comun dejando á sus hermanas ocupar el sitio preferente, ella se retiraba modestamente á la oscuridad. Dominada siempre por su amor al arte, desdeñaba los fáciles triunfos del mundo, desconocía la coquetería, y despreciaba el vano incienso de la adulación. Poco aficionada al boato y al lujo, se vestía con la mayor sencillez; tanto que en la familia todos la llamaban *Ceneréntola*. Algunas veces con su buen juicio natural y su sensatez instintiva se atrevía á desaprobador los gastos excesivos que veía hacer en la casa; pero sus observaciones eran recibidas con mofa por Clotilde y Adela, si es que su madre no la mandaba callar con dureza. Entonces la angelical criatura vertía algunas amargas lágrimas, y obedeciendo á la orden que se le daba, volvía á guardar silencio.

De aquí nacía que Rosa fuese la menos brillante, la menos obsequiada de las tres hermanas; pero en cambio era la mas querida de las que las conocían á fondo. Segun puede suponerse, doña Elena y sus hijas tenían numerosas émulas y competidoras, é infinitas enemigas: estas eran principalmente las que como Luzbel habían sido lanzadas del paraíso de la calle de la Cruz; las que envidiando su posición y su improvisado lujo, se vengaban de ellas con crueles sarcasmos y venenosos epigramas. Sin embargo, vencidas, subyugadas por la dulzura, por la bondad, por la mansedumbre de Rosa, habían modificado en obsequio suyo, ó en odio de las otras, el retran popular, y decían hablando de las Castroverde: *Tres eran tres las hijas de Elena, tres eran tres... y una sola era buena*.

No tardó en llegar esta variante á oídos de Clotilde y Adela, las cuales, descargando su mal humor y su rabia sobre su hermana, la colmaron de insultos y de denuestos, llamándola falsa, hipócrita y perversa. La pobre jóven comenzó por sonreírse, como quien está persuadida de la injusticia de una acusación, y acabó por llorar, herida al fin en sus sentimientos mas nobles y delicados.

Así, la grata, la serena atmósfera que reinaba en casa de doña Elena se turbaba y se alteraba por momentos: existía una razon especialísima para esto, y era que al cabo de dos años de amores, ni el marqués ni don Luis habían hablado una palabra de matrimonio, mientras la modesta fortuna de don Ruperto iba desapareciendo entre gastos absurdos y locas prodigalidades.

VIII.

DONDE SE VERA COMO QUE ES VERDAD LA FABULA DE LA LECHERA.

Una mañana que acababan de almorzar Castro-Verde y su familia, doña Elena tomó la palabra:

— Hijas mías, dijo en tono grave y solemne, dirigiéndose á Clotilde y Adela, es indispensable adoptar una pronta resolución.

Las dos jóvenes, que probablemente pensaban en sus dulces placeres y en sus risueñas quimeras, miraron á su madre sorprendidas y disgustadas.

— ¿Y á propósito de qué, mamá? replicó la primera con acritud y mal humor.

— No te entiendo, añadió Adela haciendo un mohin desdeñoso.

PEDRO FERNANDEZ.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Eclipse de las modas de verano. — Trajes de caza. — Los Riflewomen. — Colores y telas á la moda para los trajes de caza. — Proyectos para las modas de otoño. — Dos palabras sobre Baden. — Las carreras de caballos. — El príncipe Menschikoff y el príncipe Gagarin. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de campo.

Las modas de verano no han podido mostrarse este año en París; el sol está eclipsado y una lluvia diaria impide que los elegantes se vistan de blanco ó de nankin. Ahora en vista de esta inclemencia de la temperatura, se piensa ya en los trajes de caza, que son bastante complicados, pues hay cazadores de distintos géneros.

La casaquilla de caza tiene un poco el corte del Dorsay como tienen generalmente todas las prendas de fantasía, pero se diferencia en el talle que se hace largo por detrás y cuadrado sobre las caderas, y en los faldones cortados como los de las levitas aunque con mas vuelo.

Además lleva un crecido número de bolsillos que la dan el aspecto de sus atribuciones.

La caza tiene dos grandes divisiones, á saber: la caza á pié y á caballo. El traje mas elegante para esta última se compone de una levita derecha corta de faldones y justa al cuerpo, de un chaleco figurando faldetas y de un pantalon ajustado de piel blanca, gris, ó de punto de algodón.

Si el corte es el mismo para la generalidad de las cazas particulares, no lo es así en el color de los paños y en la elec-

cion de los adornos, que cada familia aristocrática inventa á su capricho.

En el dia la afición á la caza se va extendiendo entre las señoras, y seguramente la costumbre no debe criticarse.

Una jóven que sabe montar á caballo, se hace mas elegante, pues adquiere la flexibilidad de movimientos que da la equitación; ¿no vale mas saber manejar una escopeta ó una pistola, que pasar toda la vida en la inacción propia de la mujer?

La mujer que quiere hacer de hombre aumenta su rectitud y lealtad de carácter.

En Inglaterra algunas señoras llevan al extremo la moda de asemejarse al gentleman. Hay muchas que se alistan para defender á la antigua Albion á quien nadie amenaza, y este nuevo cuerpo inglés se llama *los Riflewomen*. Su traje es tan extraño y gracioso á la vez, que las jóvenes patriotas son bien capaces de vestirse así para hacer conquistas sin arriesgar ningún combate. Llevan el sombrero español con pluma ó con penacho; justillo y pantalon ancho con polainas.

¿Porqué una cazadora intrépida no tomara este traje cómodo y bonito al mismo tiempo?

Los colores á la moda para la caza no se limitan ya al paño verde y azul. Se adopta este año el gris mezclilla y el gris azulado. También se ven algunos paños color granate y castaña. Sobre el paño gris hacen buen efecto el cuello, bocamangas y carteras de terciopelo negro ó amaranto, y sobre los paños bronceados lo mejor es el terciopelo azul celeste.

Se siguen llevando los chaletos de terciopelo rayado. En cuanto á la forma es larga y puede abotonarse hasta el cuello.

Ya se trata de las modas de otoño. Se habla de prendas mas largas, para producir un poco de novedad.

Dícese que este invierno se volverán á usar los fracs á la francesa.

En cuanto á los pantalones, los cuadros escoceses reemplazarán las bandas.

Hé ahí todo lo que se en cuanto á proyectos de elegancia. — Veremos mas tarde.

A pesar del mal tiempo Paris está abandonado por la sociedad aristocrática. Únicamente abundan en él los extranjeros. El gran mundo parisense está en Baden, que es el punto de reunión de la elegancia de todos los países. Las carreras de caballos organizadas allí bajo los auspicios de varios altos señores alemanes y de tres príncipes soberanos, despiertan el mayor interés.

El príncipe Menschikoff es uno de los personajes aficionados á Baden por causa de sus bellezas agrestes. Desde las ocho de la mañana hasta la hora de la comida, el príncipe que posee caballos admirables, entre ellos uno que le ha costado 23,000 francos, un verdadero *bebedor de aire* como dicen los árabes, recorre la campiña de Baden en coche y á caballo.

El palacio que habita es uno de los mas bonitos del país, y tiene por vecino al príncipe Gagarin, que tiene otra vivienda no menos pintoresca y agradable.

Concluiremos con la descripción de nuestro figurin que representa trajes de campo.

El primero representa un jóven de veinte y cinco años, que va vestido con jaqueta, chaleco y pantalon de imperial de hilo blanco.

La jaqueta está cortada en forma Dorsay ó de otro modo, ajustada al talle con costados añadidos bajo los brazos, en tanto que los delanteros van de una pieza con los faldones sobre el delantero.

Esta prenda no se abotona, y así el cuello, que como se ve, es muy estrecho por detrás, lleva las solapas hasta el segundo ojal, lo que deja el pecho suelto y bien descubierto el chaleco.

El chaleco cierra muy alto, al contrario de la jaqueta que no cierra y termina con un pequeño chal redondo.

Pantalon muy ancho de piernas, corto, redondo sobre el pié y sin trabillas.

Sigue un traje de lana de corte semejante por detrás, pero que se abotona sobre el delantero, como se usa actualmente. Los contornos se dibujan graciosamente sin estrechar; los pliegues de los faldones son llanos.

Sobre el delantero esta prenda lleva un cuello pequeño, solapas ligeras y una sola hilera de botones. Las mangas anchas y sin bocamangas.

El chaleco se lleva de chal ó derecho, y el pantalon es de la única forma admitida en el dia, ancho de piernas.

Damos también un traje de mas etiqueta. Compónese de una levita de alpaga negro cortada justa para que no se abotone sobre el delantero. Por detrás el corte es el mismo que el de las levitas de paño, y los faldones son cortos y tienen poco vuelo.

Mangas sin bocamangas.

Chaleco y pantalon de coti nankin, pues el nankin propiamente dicho no se usa ya; se prefiere el hilo al algodón con mucho fundamento. El chaleco derecho es saliente, tiene un cuellecito alto, y el pantalon es ancho y no lleva trabillas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El mes de julio en la campiña de Roma.

Julio es el mes del pan, agosto es el mes del vino. En julio es la siega y en agosto la vendimia. Los trabajadores llegan, en su mayor parte, de las provincias de Nápoles, y sobre todo de los Abruzzos; dejan su país con toda su familia llevando tiendas que levantan para pasar las noches; parecen cuadrillas de beduinos ó de gitanos. Se alquilan por una módica suma diaria, de la que ahorran todo cuanto pueden, y luego se vuelven á sus casas muy contentos con sus economías.

La campiña romana no es un desierto inculto como se ha dicho á menudo; una gran parte de ella está labrada y produce trigo. Pero no puede habitarse; á veces los labradores llegan á ella de muy lejos para traba-



LA MISA EN LA CAMPIÑA DE ROMA. — Copia de un cuadro de M. Penry-Williams.

jar en las tierras. Por eso los domingos los sacerdotes van á decir la misa á los segadores en unas capillitas ambulantes trasportadas por bueyes y provistas de todo lo necesario para la celebracion del divino misterio. Es un espectáculo interesante y pintoresco el de una misa en medio del campo; esos hombres robustos en mangas de camisa y calzon corto; esas mujeres con vestido de raso, que es su traje de los domingos despues de haber sido el del día de su boda; esos niños de todas edades; esos cazadores seguidos de sus perros que se unen á veces á la piadosa asamblea; ese sacerdote en una capilla de madera colocada en un carro de dos ruedas; mas allá esas tiendas sostenidas por estacas; esos caballos

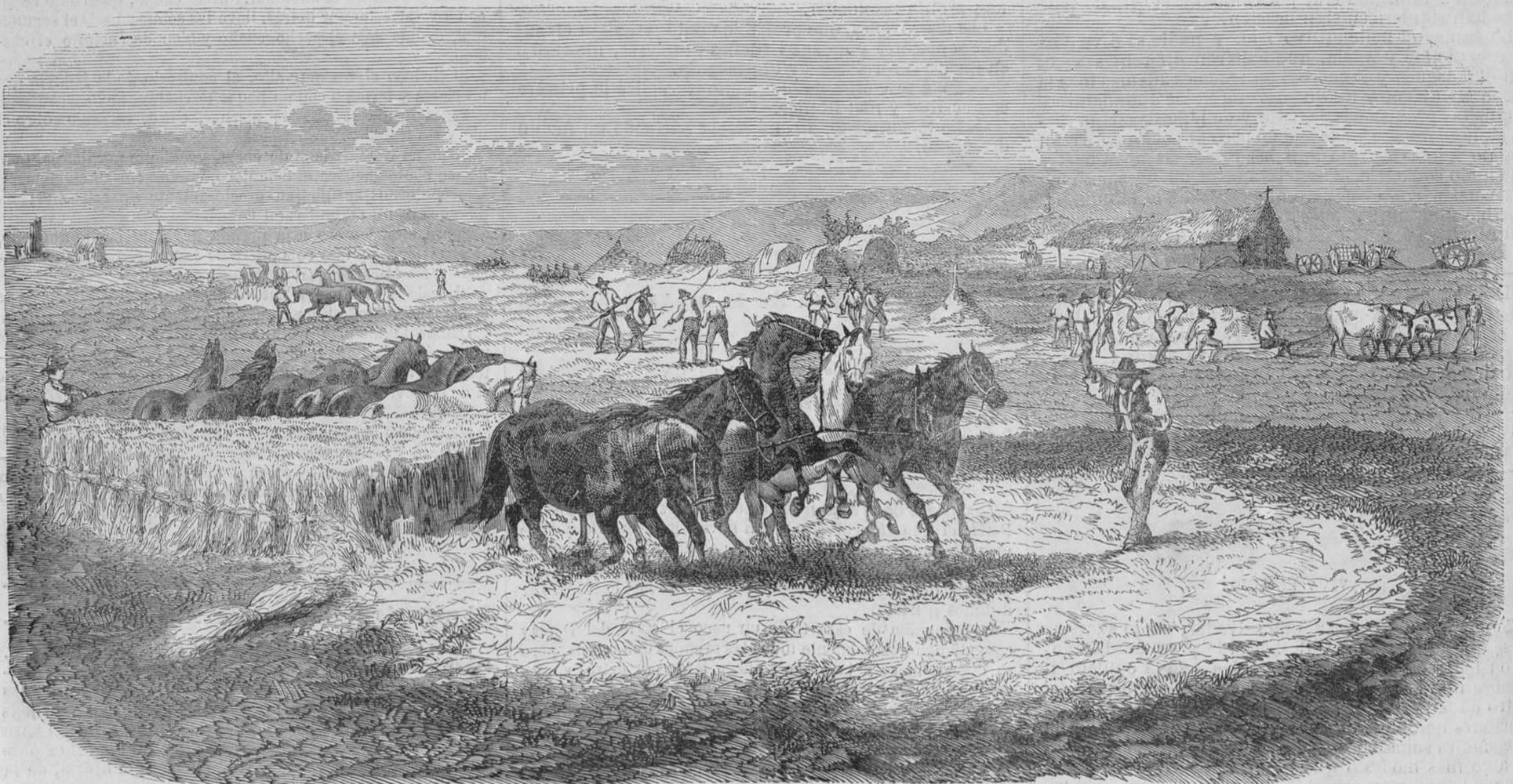
sueltos; esos bueyes uncidos todavia que en breve trasladarán á otra parte la capilla; esas hermosas colinas azuladas que sirven de corona á la verde y dorada campiña; ese sol ardiente que derrama torrentes de luz y de fuego sobre toda la naturaleza; ese profundo silencio apenas interrumpido por las palabras del sacerdote, por las oraciones de los fieles, por los relinchos de los caballos ó por el zumbido de los insectos, todo eso forma un conjunto de igual interés en lo físico que en lo moral.

Esta escena ha sido admirablemente pintada por M. Penry-Williams, un pintor inglés que habita en Roma desde hace treinta años, y que ha consagrado su pincel

á la representacion de las costumbres italianas. M. Penry-Williams es pintor y poeta al mismo tiempo; sus cuadros hablan á los ojos y á la inteligencia. La composición es siempre vigorosa, y el colorido siempre armonioso y brillante.

Cuando está hecha la recoleccion, proceden á trillar las mieses. En italiano esta operacion se llama la *tritta*, y se efectua de la misma manera que en España. M. Poingdestre ha pintado una era cubierta de mieses en el momento de la *tritta*, y su cuadro que se han disputado mucho los aficionados, ha ido á parar al gabinete de un príncipe ruso que salió vencedor en la lucha.

L. D.



LA TRITA EN LA CAMPIÑA ROMANA. — Copia de un cuadro de M. Poingdestre.